

# EL REGRESO DEL CABALLERO DE LA ARMADURA OXIDADA

---

Robert Fisher



EDICIONES OBELISCO

**Robert Fisher**

**El regreso del  
Caballero de la  
armadura  
Oxidada**

# Prólogo

ME GUSTARÍA DAR LAS GRACIAS a los miles de lectores que han mostrado su reconocimiento a mi primer libro, *El caballero de la armadura oxidada*. Asimismo, agradezco las innumerables cartas que he recibido, tanto de hombres, como de mujeres y niños, en las que me explicaban detenidamente el impacto que *El caballero* había tenido en sus vidas.

La obra, sin duda alguna, ha tenido

un gran impacto también en mi vida. Escribir este libro ha constituido una experiencia, o, para ser más preciso, una aventura. Gracias a él he podido conocer a gente maravillosa tanto por carta, como por teléfono o en persona, lo cual nunca hubiera sido posible de otro modo. Algunas de esas experiencias las comparto contigo, lector.

Un psicólogo de Los Ángeles me comunicó que *El caballero* había evitado que uno de sus pacientes más ancianos se suicidara.

Recibí cartas de diversos directores de clínicas psiquiátricas de Estados Unidos en las que me informaban de que *El caballero* formaba parte de su

programa asistencial para que los pacientes recuperaran la salud física, mental y emocional.

Muchas de las cartas más gratificantes pertenecen a niños a partir de los nueve años que me escriben para comentarme lo que ha significado el libro para ellos y cómo les ha cambiado la vida. Una niña de diez años de Ontario me escribió para decirme que antes de leer el libro creía que en su vida todo le iba a ir de maravilla, pero que ahora sabía que quizás no iba a ser así, aunque lo iba a aceptar de igual grado. También comentaba que *El caballero* le había hecho darse cuenta de que sólo gracias al silencio podría

descubrir quién era.

La carta me llenó de alegría, y fantaseé pensando que me hubiera gustado leer el libro cuando tenía diez años. Mi ascensión a la montaña hubiera resultado mucho más fácil.

También me gratificó enormemente saber que catedráticos, psicólogos y terapeutas han utilizado *El caballero de la armadura oxidada* como herramienta principal en sus talleres y terapias.

Muchos lectores me han preguntado por qué no le había dado un nombre al *Caballero*. La razón es que todos nosotros, tanto hombres como mujeres, somos Caballeros que vamos en busca de la alegría, el amor, la felicidad y la

libertad.

Como recordaréis si habéis leído el libro, el Caballero se permitió caer en un interminable abismo, superar el miedo y el terror, aprender a perdonarse a sí mismo y a los demás, y todo ello le condujo a la cima de la montaña donde se desprendió de lo que quedaba de su armadura.

Tras experimentar esta primera renuncia, creí que lo había logrado. Ahora Dios y yo íbamos a ser uno solo. Pasaría el rato con Él, nos conoceríamos y nos tutearíamos.

Esperaba que mi vida fuera un camino largo y sencillo, de completa felicidad. Pero en su lugar descubrí que,

aunque pudiera acariciar la alegría y la felicidad con más frecuencia y más profundidad que nunca, no podía mantener ninguna de las dos cosas. Y, por mucho que mi vida fuera más fácil, no era por completo sencilla. La sensación de haberlo conseguido se vio reforzada a través de los cientos de lectores que reconocían amablemente el impacto que mi libro había tenido en sus vidas. Las ovaciones que recibía cuando hablaba en público (lo hacía donde había más de dos personas reunidas) hicieron que me sintiera todavía más seguro de haber logrado la maestría en la vida. Disfruté de esta radiante gloria lo suficiente como para adquirir un



bronceado cósmico. Tardé un tiempo en darme cuenta de que me estaba convirtiendo en la imagen de lo que la gente creía que debía ser: un Caballero bueno, generoso y amoroso que había escrito un libro muy útil. Pero tardé más tiempo aún en darme cuenta de que ya no estaba oyendo la voz que me había dictado el libro. Tardé incluso mucho más en descubrir que la razón por la cual no oía la voz era porque no escuchaba. En pocas palabras, yo mismo me había proporcionado una sobredosis de arrogancia espiritual. No estaba manteniendo la paz, la dicha, el amor y la felicidad durante largos períodos de tiempo. Si el camino resultaba muy duro,

me retiraba una vez más a la armadura de mi ego para sobrevivir. En realidad, me irritó darme cuenta de que la vida no era más fácil, sino tan sólo más sutil.

Sabía que tenía por delante otra búsqueda, de modo que ahora te invito, lector, a que te unas a mí allí donde dejé mi último libro:

El principio.

# 1 — El principio

UNA VEZ, HACE MUCHOS AÑOS, en un lugar muy lejano, vivía un Caballero. Se consideraba un Caballero bueno, generoso y amoroso; además, como ya había ascendido a la cima de la Montaña de la Verdad, se sentía todavía más amoroso, más generoso y más bueno.

Regresaba a lomos de su caballo porque quería encontrarse con su esposa, Julieta, y su hijo, Cristóbal, quienes estaban aguardándole. Sin embargo, de repente, y tras sentirse

invadido por un pensamiento alarmante, tiró de las riendas para que se detuviera el caballo.

—¡Merlín! —llamó en voz alta.

Tras él, el mago apareció sentado, a la grupa del caballo. Como de costumbre, el mago leyó sus pensamientos.

—Os preocupa que Julieta *no* os esté esperando.

El caballero asintió.

Cuando inicié mi búsqueda para liberarme de mi armadura, estaba tan triste y deprimido que no tuve la entereza suficiente para enfrentarme a ella. Me fui sin decir ni una palabra.

¿Y entonces? —preguntó Merlín.

—Merlín, he estado fuera doce años. ¿Qué le puede decir uno a su esposa cuando se ha marchado de casa a hurtadillas y no ha regresado en doce años?

—Decidle que la fiesta ha durado más de lo que creíais. —Entonces, los ojos de Merlín brillaron.

El Caballero fulminó a Merlín con la mirada.

—Vos siempre me aconsejáis bien. Estoy hablando de mi matrimonio. ¿No hay nada sagrado para vos?

Merlín sonrió.

—Aunque no hay nada sagrado para mí, yo venero todas las cosas.

Una de las cosas de Merlín que

sacaban de quicio al Caballero era que cada vez que tenía una crisis, el mago se pusiera filosófico.

Leyéndole el pensamiento, Merlín volvió a exasperarlo:

—Una crisis sólo existe cuando uno permite que exista.

Tras sus palabras, Merlín desapareció, precisamente porque, aunque el Caballero era muy cariñoso, quizás hubiera intentado dar un cachete a Merlín.

El Caballero espoleó a su caballo y partió al galope. El último comentario de Merlín le había animado. «Merlín debe estar en lo cierto, debo estar creando una crisis donde no la hay»,

pensó el Caballero.

Tan apenas se había librado de una crisis imaginaria cuando, de repente, un caballero de negra armadura, montado en un caballo negro, salió de una curva del camino y le bloqueó el paso.

—¿Quién sois? —le increpó el caballero de la negra armadura.

—Soy un Caballero de día y un Caballero de noche. En pocas palabras, soy un Caballero —le respondió el Caballero, que ya había recuperado el buen humor que le caracterizaba.

—Habéis entrado en mis tierras, preparaos para luchar —le dijo el caballero oscuro, que no tenía ningún sentido del humor.

—Yo ya no lucho —contestó el Caballero.

El amor que el Caballero había aprendido a sentir tanto por él mismo como por los demás irradiaba de su persona. Ese poder resplandecía en sus ojos como dos rayos azules. Entonces, el caballero oscuro se quedó petrificado, incapaz de blandir la espada. Después de esa experiencia, nunca volvió a ser el mismo. Vencido por el amor, le era difícil recuperar su mísero y natural sentimiento de odio.

A lo largo de los años, iba a reflexionar sobre cómo el Caballero bueno, generoso y amoroso le había estropeado la vida.



Mientras nuestro Caballero continuaba cabalgando se dio cuenta de que Merlín tenía razón. Cuando uno ama no tiene por qué participar en la lucha cotidiana. De repente, oyó una voz femenina que pedía ayuda y, de inmediato, hizo que su caballo se detuviera. Entre los árboles pudo ver a una hermosa doncella en la torre de un castillo. El Caballero galopó con rapidez hasta el foso y le preguntó:

—¿Pedíais ayuda?

—Sí —gritó la rubia damisela—. Un perverso mago me tiene prisionera.

El Caballero sintió que la sangre le hervía en las venas. Se encontraba ante uno de sus viejos principios: salvar a

damas en peligro. Tiempo atrás, cuando el negocio de la caballería no estaba demasiado boyante, solía rescatar a damiselas en apuros.

Sus pensamientos retrocedieron al momento en que rescató a su esposa Julieta de una situación parecida. Julieta era una princesa y su padre, el Rey, había decretado que concedería la mano de su hija a quien la rescatara del malvado ogro. El Caballero rescató a Julieta, pero le dijo al Rey que prefería seguir soltero. Sin embargo, el Rey insistió y el Caballero y Julieta se casaron. El Caballero pensó que eso era pagar un alto precio por una buena hazaña.

El grito de la damisela le sacó de sus pensamientos:

—¡No os quedéis ahí parado, rescatadme!

—Ya no me dedico a eso —dijo el Caballero, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué clase de Caballero sois, que no rescatáis doncellas?

—Cuando subí a la Montaña de la Verdad descubrí que eso de rescatar a gente no es muy amoroso. Como vos os creasteis esa prisión, sería mejor que vos misma la destruyerais, de modo que no quiero quitaros ese poder. Ahora, si me perdonáis, tengo una esposa que me está esperando en casa... ¡Creo! —le contestó el caballero. Y se fue

galopando.

—¡Os denunciaré a la Asociación de Caballeros! —la princesa le gritó furiosa.

Al Caballero no le intimidó la amenaza. En realidad, se sentía bastante contento de sí mismo. Había roto otro patrón. Ya no era adicto a rescatar a damiselas en peligro.

Tras reflexionar un poco, se dio cuenta de que los Caballeros habían estado rescatando a las doncellas de sus dragones y de sus ogros, y ofreciéndoles protección, cosa que las doncellas interpretaban como prueba de su amor, y los caballeros, por su parte, pensaban que eso era lo que ellos, como hombres,

tenían que hacer para ganarse el amor. El Caballero se preguntó si hombres y mujeres se amarían alguna vez por ser quienes eran y no por lo que hicieran.

Mientras cabalgaba, pensaba que Julieta se alegraría mucho cuando le dijera que ya no iba a volver a rescatar a más damiselas. Las ayudaría a que se rescataran ellas mismas. Rescatar damas era algo de la caballería que siempre sacaba a Julieta de sus cabales.

Ya cerca del castillo vio a su suegro, el Rey, que galopaba hacia él a lomos de su hermoso corcel blanco y negro.

—¡Eh, Rey! —le llamó.

Al Rey le costó cierto tiempo reconocer al Caballero, aunque cuando

lo hizo, su rostro se iluminó de placer. Ordenó a su caballo que se detuviera y saludó al Caballero.

—No os había reconocido. Ya no lleváis vuestra armadura.

—Tardó doce años en oxidarse y caerse —comentó el Caballero.

El rey le miró con gran respeto:

—Eso significa que llegasteis a la Cima de la Verdad.

El caballero asintió.

—Yo nunca fui más allá del Castillo del Silencio... ¿Cómo lo conseguisteis?

—Si hubiera seguido llevando mi armadura, habría muerto —contestó el Caballero.

El Rey asintió:

—No teníais elección.

—¡Correcto! —dijo el Caballero—.

Cuando no existen alternativas, las decisiones son fáciles de tomar.

El Rey miró detenidamente al Caballero:

—No sólo tenéis un aspecto diferente, sino que también habláis de un modo distinto.

—No soy el que era —admitió el Caballero.

—Eso ya es, definitivamente, una mejora —comentó el Rey.

—Espero que Julieta piense lo mismo. Cuando me fui, nuestra relación no iba demasiado bien.

El Rey dijo:

—Hijo, no seáis tan duro con vos mismo. ¡Julieta y vos lleváis casados quince años! —sentenció el Rey.

Quizás se deba a que he estado fuera doce de esos años —apuntó el Caballero.

—No hay nada como la distancia para que una relación funcione. De todos modos, me siento orgulloso de vos, y en honor a vuestra ascensión a la Cima de la Verdad, os voy a pedir que me llaméis por mi nombre de pila. Ya nunca más tendréis que llamarme Rey —asintió el Rey con la cabeza de un modo comprensivo.

El Caballero estaba sorprendido.



—Gracias, señor. ¿Cuál es su nombre?

—Rey —respondió.

El Caballero miró al Rey estupefacto:

—¿Su nombre de pila es el mismo que el de su cargo?

—Mis padres no tenían imaginación —contestó el Rey.

El Caballero se rascó la cabeza cavilando:

—No cambia nada si os llamo Rey.

—Ciertamente que sí —replicó el Rey—. Ahora podéis llamarme Rey sin faltarme al respeto.

El Caballero se dio cuenta de que había cambiado. Hubo un tiempo en el

que habría considerado estúpida esta conversación.

—Os agradezco mucho el honor, pero ahora tengo que ver a Julieta —dijo el Caballero al Rey. Pero el rostro del Rey le impidió espolear al caballo.

—No vais a encontrar las cosas *exactamente* como las dejasteis —comentó el Rey, vacilante.

—¿No tendrá otro Caballero, verdad? —preguntó el Caballero, temeroso.

—¡No, no! —se apresuró a decir el Rey—. No es tan inteligente como para hacer eso. —Se aclaró la garganta un tanto incómodo—. Quiero decir... siendo como erais, hubiera sido inteligente por

su parte haberlo hecho, pero tal como sois ahora, tiene suerte de no haberlo hecho.

—Será mejor que vuelva a llamaros Rey por respeto... antes de que lo pierda —dijo el Caballero un poco enojado.

—Sólo intento advertiros de que Julieta es diferente —comentó el Rey en un tono un poco severo.

El Caballero estaba perplejo. Si Julieta se encontraba en casa, en su castillo, donde él la había dejado, entonces, ¿qué podía ser tan malo? ¿Qué había querido decirle el Rey?

Sus miedos se desvanecieron al entrar a caballo en el patio del castillo y ver a Julieta, sentada en su jardín,

leyendo un libro. Cuando ésta oyó al caballo levantó la vista. El paso del tiempo no había alterado su dulce belleza. Al advertir que era el Caballero, la sorpresa, el placer y cierta incertidumbre aparecieron en su semblante.

El Caballero le sonrió:

—Puedo percibir en vos sorpresa, placer y cierta incertidumbre.

Julieta le miró asombrada:

—Nunca antes habíais mostrado sentimiento alguno, especialmente en lo que respecta a mi persona.

El Caballero descendió del caballo y se aproximó a Julieta:

—Eso era antes. Ahora es así.

Se quedaron mirándose el uno al otro, tímidos, incómodos. Había pasado mucho tiempo desde que se separaron.

—Y ya no lleváis la armadura — comentó ella tocándole suavemente el torso con la punta de los dedos.

El Caballero la miró fijamente, tomó su cara entre las manos y la besó. Cuando los labios se unieron, las lágrimas brotaron de sus ojos.

Las dos semanas siguientes fueron como sus primeros días de recién casados. Se amaron, rieron y jugaron. Bailaron con la música del laúd de Bolsalegre, el bufón de la corte. Por todo el reino, corrió la noticia de que el Caballero había ascendido a la Cima de

la Verdad y que se convertiría en un héroe nacional tan pronto como tuvieran una nación. Bolsalegre compuso una canción de éxito sobre él y la tituló «Días fríos y caballeros cálidos».

El Rey ofreció un baile en honor del Caballero y la gente acudió de todas partes para conocerlo.

El Caballero creía que en el baile no había nadie más bello que Julieta, y ésta consideraba que no había nadie que fuera tan guapo y encantador como el Caballero. Se habían vuelto a enamorar, pero de un modo diferente. El deseaba fervientemente transmitirle sus sentimientos. Quería compartir con ella sus aventuras en el ascenso a la Montaña

de la Verdad... Los conocimientos que Merlín le había enseñado, los secretos de la naturaleza que los animales le habían revelado, y cómo, finalmente, consiguió llegar a la cima sólo después de haberse permitido el riesgo de caer en el abismo de los recuerdos, y perdonarse a sí mismo y pedir perdón al resto.

El único momento delicado fue cuando su hijo Cristóbal, ahora un bello y espléndido adolescente, se fue a competir aun torneo juvenil. El joven miró con recelo a su padre y le dijo:

—No esperéis volver al punto en que lo dejamos, pues ya me he hecho mayor.

Julieta, impresionada, contenía el aliento preguntándose cómo reaccionaría el Caballero.

—Quizás podemos seguir creciendo juntos —le contestó el Caballero, tras mirar cariñosamente a su hijo.

Los ojos del muchacho se humedecieron. Él y su padre se fundieron en un abrazo.

De vez en cuando, el Caballero se preguntaba qué había querido decir el Rey con que Julieta era diferente. Aún era la misma. Hasta la mañana del decimoquinto día no percibió el primer atisbo de diferencia. Julieta se levantó temprano y se vistió con una ropa que no era nada femenina... Parecía un leñador.



Finalmente, le dijo al Caballero:

—Que tengas un buen día, cariño, me voy al trabajo.

—¿Trabajo? —repitió el Caballero sin entender absolutamente nada.

—Sí —contestó Julieta—. Cuando os fuisteis empecé a tejer tapices y a beber vino para dejar pasar las horas. A los tres años bebía más de lo que tejía. Finalmente tuve que buscar algo en lo que ocupar mi tiempo.

El Caballero se sentó en la cama y le preguntó curioso:

—¿Qué hacéis?

—Rehabilito castillos.

—¿Que qué?

Julieta repitió:

—Rehabilito castillos. Están muy mal diseñados. Las habitaciones son demasiado grandes, los pasillos tienen demasiadas corrientes de aire y los muros de piedra son excesivamente fríos.

—¿Os pagan por hacer *eso*? —quiso saber el Caballero.

Julieta sonrió con gran felicidad:

—Muy bien. Estoy haciendo que sus hogares resulten más cálidos y acogedores. Me he hecho un nombre creando castillos íntimos.

Le miró inquisitivamente:

—¿No os importa que trabaje, verdad?

—¡Oh, no, creo que es genial! —

contestó el Caballero vacilante. La siguió hasta el patio y la ayudó a montar a caballo.

—Puede que hoy no venga a cenar a casa, pero en la cocina hay mucha comida. Estoy segura de que Cristóbal y tú os prepararéis una buena cena.

El Caballero la miró perplejo mientras se alejaba cabalgando. Eso sí que era realmente un cambio. Durante años, Julieta le había visto marcharse para combatir. Ahora, él veía cómo ella se iba a trabajar.

El Caballero permaneció inmóvil en el patio, dominado por sentimientos encontrados. Lo único equiparable a la felicidad que sentía de que Julieta

hubiera encontrado algo que le permitiera independizarse de él era su infelicidad por haberlo conseguido.

Y, hablando de trabajo, ¿qué iba a hacer él ahora? Ya no formaba parte del mundo caballeresco: luchar, guerrear, combatir. Ahora estaba metido en las cosas del amor. Pero, ¿cómo convertiría el amor en monedas de oro para mantener su castillo, su familia y sus criados?

Sus pensamientos se interrumpieron con la llegada de Cristóbal, que conducía el caballo a los establos del patio. Llevaba puesta la armadura. Al Caballero se le iluminó la cara. En qué joven tan hermoso se había convertido

Cristóbal. Le animó la idea de pasar el día con su hijo. El Caballero le llamó.

—¡Espera, tomaré mi caballo e iré a montar contigo!

—Lo siento, papá, no puedo —le contestó Cristóbal—. Tengo entrenamiento.

—¿Qué entrenamiento? —preguntó el Caballero.

—Sir Percival nos está entrenando a un grupo para llegar a ser caballeros, y tenemos torneos juveniles —contestó Cristóbal.

El Caballero sintió de pronto cierto recelo.

—¿Por qué haces eso? —preguntó. Cristóbal le miró sorprendido:

—Para poder ser como tú, papá.

—Pero ni siquiera yo quiero ser como yo... es decir, como el *yo* que solía ser —dijo el Caballero.

—Pero en todas partes se te conoce como el Caballero bueno, generoso y amoroso que ascendió a la Montaña de la Verdad. Yo quiero hacer algo grande, como tú lo hiciste.

El Caballero le miró con tristeza.

—¿Cómo piensas hacerlo? —le preguntó.

—Luchando contra otros caballeros, ganando y siendo el mejor —contestó Cristóbal.

—Hijo, la vida no es competir, ganar y ser mejor que los demás. La

vida es amor y dar lo mejor de ti mismo —le dijo dulcemente el Caballero.

—¿La vida es *eso*?-preguntó Cristóbal con reservas.

El Caballero asintió.

—¡El amor no te hará ganar cruzadas! —le replicó Cristóbal, y se fue galopando.

El Caballero se quedó mirándole fijamente y después gritó:

—¡Merlín, ayúdame!

El Mago apareció al instante. Iba desnudo, con una toalla rodeándole la cintura. Tenía los cabellos y medio cuerpo húmedos.

—Preferiría que no os asaltaran las crisis mientras me estoy bañando —

refunfuñó Merlín.

—Entonces admitís que esto es una crisis —dijo el Caballero.

Merlín asintió con la cabeza:

—Él quiere teneros como modelo.

—Como el modelo que yo era —protestó el Caballero.

—Y vos queréis que él tenga como modelo a aquel que vos creéis ser ahora —sentenció Merlín.

—Eso es —dijo el Caballero.

—Cuando estabais en la Cima de la Verdad, encontrasteis en vuestro interior el centro del amor. Os habéis ido apartando más y más de él. Respirad profundamente al menos tres veces e intentad volver a centraros —le comentó



amablemente Merlín.

El Caballero así lo hizo.

—Ahora decidme qué sentís verdaderamente con respecto a Cristóbal —quiso saber Merlín.

—Que debo dejarle crecer atendiendo a su propia imagen y ser lo que necesita ser —dijo lentamente y de mala gana el Caballero.

Merlín sonrió y asintió.

—Pero yo le podría evitar el sufrimiento, la lucha, el dolor y la tristeza a los que va a tener que enfrentarse.

—Nuestra experiencia es lo único que no podemos ofrecer a los demás. Cada uno tiene que pasar por su propio

dolor y pesar para poder encontrar la alegría y la felicidad que hay al otro lado —le dijo Merlín con dulzura.

El Caballero miró a su hijo, que ya era un punto en el horizonte.

—¿Por qué tiene que ser así?

—La intención no era que hombres y mujeres sufrieran. Pero se les concedió libre albedrío y, lamentablemente, lo utilizaron sin tener en cuenta la armonía con el universo —le contestó Merlín.

El Caballero le miró con tristeza:

—Cuando en la Cima de la Verdad me cayó el último trozo de armadura, creí que mi vida sería más fácil.

La luz de la compasión inundó los

ojos de Merlín:

—Más fácil, no, querido, sólo más sutil.

—Lo que aprendí en la Cima, lo estoy viviendo ahora, ¿verdad?

Merlín asintió.

—Os aconsejo que cada vez que os sintáis fuera de vuestro centro de amor, respiréis profundamente.

Dicho esto, el mago desapareció.

En los meses que siguieron junto a Julieta, el Caballero se descubrió suspirando una y otra vez.

Si bien el Caballero era en realidad más cariñoso, amable y sensible que nunca antes, tenía unas ideas perfectamente definidas acerca de cómo

Julieta debería comportarse como esposa. Y Julieta tenía sus propias ideas sobre cómo vivir su vida, y no eran ni remotamente parecidas a las del Caballero.

—El problema —decía Julieta— es que habéis vuelto a casa esperando encontrarme aquí sentada, tejiendo tapices, bebiendo vino y esperándoos. Pues bien, las cosas han cambiado.

—Me alegra que no estéis aún tejiendo y bebiendo —dijo el Caballero—, sobre todo bebiendo. Pero me gustaría que os dierais cuenta de que *he vuelto a casa*.

Julieta siguió:

—Y esperabais que os siguiera

necesitando igual que antes, ser vos el cabeza de familia y que yo cumpliera todos vuestros deseos.

—Me alegro de que no me necesitéis del mismo modo, y no espero que hagáis todo lo que yo desee, pero me gustaría que me dedicarais tanto tiempo como a vuestro trabajito de arreglar castillos.

Julieta estaba conmovida:

—Me gustaría que realmente fuera así, pero me pilláis en medio de un trabajo tremendo, y estoy pagando horas extras a los yeseros que traje de Sajorna y Glastonbury.

El caballero empezaba a estar confundido.

—No me necesitáis en absoluto —

dijo airadamente.

Julieta lo rodeó con los brazos y lo besó en la boca con firmeza, aunque para ser francos también con dulzura, y después corrió al patio del castillo para montar en su caballo. El Caballero la siguió.

—No estaríais tan triste si todavía tuvierais el negocio de la Caballería, pero estáis retirado y con muchísimo tiempo libre entre las manos —dijo Julieta.

Saltó sobre el caballo y salió galopando. El Caballero permaneció allí, observándola.

Las semanas posteriores no fueron mucho mejores para el Caballero. Si no

era con los yeseros de Sajonia, Julieta estaba ocupada con los picapedreros de la Toscana, y ese cambio de papeles en el hogar le fastidiaba muchísimo. Hubiera deseado regresar a casa con sus nuevos conocimientos y gobernar a su hijo y a su esposa con la verdad, con amor y con bondad. Pero al cabo de seis meses, esas tres cualidades se fueron a tomar viento fresco. Ahora se sentía solo y con una baja autoestima, ya que era un Caballero en paro. Estaba irritadísimo.

Las cosas no fueron mejor cuando Julieta le ofreció convertirse en su socio en la empresa de rehabilitación. A él no le apetecía en absoluto ser socio de

ningún negocio que regentara ella.

Un día, mientras estaba en una cacería, se quejó ante el Rey de sus desdichas matrimoniales.

El Rey se quedó un tanto sorprendido.

—Yo creía que desde vuestro ascenso a la Montaña de la Verdad vuestro matrimonio iba aún mejor.

—Me he dado cuenta de una cosa, Rey —dijo el Caballero—. Vivir con la verdad es una cosa, y vivir con una mujer es otra.

El Rey se echó a reír.

—Julieta es clavadita a su madre. Annabelle era una mujer bella, fuerte y con determinación —suspiró con



nostalgia—. Quería algo más que un matrimonio, quería ser mi compañera.

El caballero suspiró:

—Debe de ser una debilidad congénita en las mujeres. Recuerdo el día en que me tenía que marchar para participar en una cruzada-dijo el Rey—. La busqué por el castillo para despedirme de ella, pero no la encontré por ninguna parte. Me fui al patio para montar en mi caballo y allí, montada en el suyo, a mi lado y vistiendo una armadura, estaba Annabelle. El caballero se quedó atónito.

—¡Una mujer con armadura!

El rey asintió:

—Le dije: «Annabelle, debéis estar

bromeando, podrían mataros». Ella me contestó: «Prefiero morir a vuestro lado que fallecer poco a poco mientras os espero en casa».

El Rey desvió la vista del Caballero, sus ojos estaban húmedos:

—La guerra santa duró más de lo previsto. Volví a casa a decirle a Annabelle que ésa había sido mi última cruzada.

—Eso la debió hacer muy feliz —dijo el Caballero.

El Rey se aclaró de nuevo la garganta:

Se lo dije postrado ante su tumba.

La historia del Rey causó en el Caballero un gran impacto. Al día

siguiente aceptó la oferta de Julieta de participar como socio en la empresa de rehabilitación, y en los meses que siguieron trabajaron juntos, codo con codo. Por desgracia, esto no hizo que la situación entre ellos mejorara. Por un lado, el Caballero no estaba por la labor de rehabilitar castillos, y por otro, seguía precisando que Julieta le necesitara a él como antes... que le viera como el cabeza de familia, y que al menos de vez en cuando aceptara sus consejos. Julieta, al intentar recuperar su poder, se oponía al Caballero en prácticamente cualquier cosa.

Julieta era compasiva con el serio cambio que había implantado en su

relación y, de vez en cuando, si había un banquete, ella personalmente preparaba los platos para el Caballero. Sabía que él necesitaba ese tipo de cuidados; sin embargo, no se sentía con ganas de volver a ser ama de casa. Le molestaba enormemente fingir un papel que ya no sentía suyo.

Todo estalló una noche a la hora de la cena mientras le servía su plato favorito, un asado de ciervo. Pequeñas cosas como el hecho de que Julieta dejase caer bruscamente la bandeja encima de la mesa y arrojara el cuchillo de trinchar la carne sobre la mesa de al lado indicaron al Caballero que el plato de carne vendría acompañado de una

discusión.

El Caballero suspiró:

—Y bien, Julieta, ¿qué ocurre?

—Os diré lo que ocurre —dijo con brusquedad—. Se supone que sois iluminado, cariñoso y sabio, y yo todavía estoy *sirviéndoos*. -Casi le tiró el plato de ciervo encima.

El Caballero detuvo el plato justo a tiempo para evitar que se le derramara en el regazo.

—Pero la idea de hacer la cena y servirla fue vuestra, y os sentíais contenta por ello —le dijo el Caballero, desconcertado.

—Ahora que estoy cansada por haber preparado la cena, me siento fatal

—replicó ella.

—¿Qué hay de malo en servirme la cena? Sois mi esposa.

Julieta se sentó en una silla junto a él.

—El hecho de que digáis precisamente eso demuestra lo mal que va todo. Esperáis que haga cosas para vos sólo por el hecho de ser vos el hombre y yo la mujer. ¿Qué hay de nuestra sociedad?

—Somos socios —protestó el Caballero—. Yo cacé este ciervo, y vos lo cocinasteis.

—Pero eso es porque yo nunca aprendí a cazar un ciervo y vos nunca habéis aprendido a cocinarlo.

—Vamos a comer —dijo el Caballero—. Estoy cansado de sentenciar sobre el ciervo.

—Creí que las cosas serían diferentes cuando volvierais de la búsqueda —comentó Julieta—, pero seguimos peleándonos.

—Sólo cuando estamos despiertos —dijo el Caballero intentando que dejara el tema.

A Julieta no le sirvió de ayuda, pero sonrió.

—Sois mucho más sensato, y más sensible —admitió—, pero seguís sin entenderme.

—Soy inteligente —intervino el Caballero—, no comprensivo.

Julieta lo volvió a mirar enfadada.

—Si sois tan inteligente, no entiendo por qué no me entendéis.

—Porque entenderos es un trabajo de jornada completa —le contestó el Caballero.

Julieta tiró la comida sobre la mesa.

—¿Cómo queréis que sea feliz con un hombre que no me entiende?

—¿Cómo esperáis que sea feliz con una mujer que no entiende que no pueda entenderla?

La cara de Julieta parecía la de una leona enjaulada. Se reprimió y, finalmente, dijo:

—Me gustaría hablar con Merlín de este asunto.



Una voz familiar dijo:

—Por supuesto, querida.

Julieta lanzó un grito de asombro.

Merlín había aparecido sentado a la mesa, justo a su lado. El Caballero no se sorprendió, pues estaba acostumbrado a que Merlín apareciera siempre que se mencionaba su nombre, especialmente a la hora de cenar.

—¡Qué contenta estoy de que estéis aquí! —dijo Julieta, que apreciaba al viejo mago.

—Yo también. Estáis sirviendo mi cena favorita —contestó Merlín y miró al Caballero—: ¿Me pasaríais el ciervo, por favor? [11](#) Julieta, querida, sois una cocinera maravillosa.

El Caballero observó a Merlín con recelo. Le pareció que iba a hacer un chiste malo.

La cara del mago no confirmaba las sospechas del Caballero. Se sirvió inocentemente una buena ración de carne. Se llevó a la boca un trozo y lo masticó con complacencia.

Julieta no dio señales de agradecer su complacencia.

—Eso ya no significa para mí un cumplido. Los hombres son propensos a vernos a las mujeres como cocineras, pero aprecian muy poco nuestra mente, nuestra alma y nuestro espíritu. Es la manera que tienen de evitar que una mujer sea más de lo que es.

Merlín le sonrió:

—De aquí a unos cuantos siglos, ese comentario os convertiría en una defensora de los derechos de la mujer.

—¿Qué es una defensora de los derechos de la mujer?

—Una mujer que quiere ser tratada como una persona —le respondió Merlín.

La cara de Julieta se iluminó.

—Eso es lo que soy yo —dijo con júbilo—. ¡Soy una persona!

Se volvió al Caballero y le espetó con virulencia:

—¡Soy una persona! ¿Qué contestáis a eso?

—¿Me pasaríais la salsa?

—¡Muy bien, reíos de que sea una persona! —le gritó tirándole la salsa encima del plato y también encima de él.

—Todo esto es ridículo —dijo irritado el Caballero, empapado de salsa—. Cuando nos casamos, el obispo nos declaró marido y mujer, no marido y persona.

Merlín levantó la mano para detener la discusión, que iba a más.

—Por favor, comiendo, no. No es bueno para la digestión. —Y se sirvió una cantidad generosa de salsa. Suspiró—. Los dos estáis teniendo unos problemas que los casados hace siglos que tienen y que tendrán en los siglos venideros. El matrimonio se ha

convertido en un estado de *impasse* sacramental.

Miró al Caballero y dijo:

—No importa lo iluminado que uno llegue a estar —puntualizó—. Vos, como hombre que sois, no pensáis ni sentís como una mujer. —Y a Julieta le dijo—: Y vos no vais a pensar ni a sentir como un hombre. —Sonrió cariñosamente al Caballero—. Llegasteis muy lejos en vuestra búsqueda, y habéis regresado más sabio y también más comprensivo. Ahora estáis realmente en el inicio. —Se dirigió a Julieta—: Y ya que vos también estáis en el inicio, tenéis que aprender mucho de lo que el Caballero aprendió. Además, tenéis que aprender a

tener una relación amorosa completa. Estaría bien que os llevara conmigo a hacer una búsqueda conjunta.

Julieta parecía entusiasmada.

—¿Estaríais dispuesto a salir pasado mañana? —preguntó a Merlín.

—Estoy dispuesto a salir pasado este momento —contesto Merlín sonriendo.

—Cristóbal volverá del torneo pasado mañana —aclaró el Caballero.

—No podemos irnos sin despedirnos de él —dijo Julieta—. Además, necesito tiempo para hacer el equipaje. —Se encaminó hacia la puerta y después se dirigió a Merlín—: ¿Qué se pone uno para emprender la

búsqueda?

Merlín se echó a reír.

—Nunca antes me habían preguntado eso.

—Porque hasta ahora nunca habíais llevado a una mujer a realizar una búsqueda —dijo el Caballero.

—Sencillamente deseo estar adecuadamente vestida para cada ocasión —sentenció Julieta, muy digna.

El Caballero se echó a reír:

—Eso es ser una mujer, según vos.

Julieta le puso mala cara y salió airada de la habitación.

Merlín sonrió.

—Os sugiero que nunca le digáis eso a Julieta. Así sólo provocaréis más

enfrentamientos.

—Es cierto —aceptó el Caballero.

—A los hombres les desconcierta lo diferente que actúan las mujeres con respecto a ellos, y, por ese motivo, llaman a las mujeres el sexo opuesto, pero en tanto penséis en Julieta como alguien del sexo opuesto, haréis de ella vuestra adversaria, en vez de vuestro amor —prosiguió Merlín.

—Entonces, ¿qué hago? —preguntó el Caballero, indefenso. Como toda respuesta, Merlín sacó un laúd de debajo de la túnica y empezó a tocar y a cantar.

*No intentéis entenderla*



*y, nunca, nunca, someterla,*

*tan sólo quererla.*

*Y si su manera de pensar*

*os hace parpadear,*

*tan sólo: amadla.*

—Hay muchos más versos —aclaró Merlín mientras volvía a guardarse el laúd bajo la túnica—, pero creo que ya os habéis hecho una idea.

—Pues no, en absoluto —dijo el

Caballero—. Si no intento entender a Julieta, ¿cómo puedo aprender a amarla?

—Porque se trata justo de lo contrario —respondió Merlín con dulzura—. No podréis entender a Julieta de verdad hasta que no aprendáis antes a amarla incondicionalmente. —El Caballero abrió la boca para expresar su confusión, pero Merlín le detuvo con una mano levantada y una dulce sonrisa. Prosiguió—: si intentáis amar a Julieta comprendiéndola antes, buscaréis motivos racionales para explicaros por qué piensa como piensa y por qué actúa como actúa, e incluso por qué siente como siente. En otras palabras, siempre que seáis capaz de encontrar una razón

que podáis entender, podréis aceptar su comportamiento.

A medida que el Caballero iba entendiendo lo de la comprensión, fue asintiendo con la cabeza.

—Sin embargo, habrá momentos en los que no encontrará una razón que os satisfaga, y entonces no sólo no la amareis, sino que estaréis tremendamente molesto con ella — prosiguió Merlín. El Caballero asintió de nuevo. Había experimentado muchos de esos momentos—. Por consiguiente —dijo Merlín—, vuestro amor por Julieta depende de que sus actos, sus ideas y sus sentimientos satisfagan las razones que vuestra mente os exige.

Cuando amas a alguien con la razón, el amor no puede ser constante. Cuando amas a alguien con el corazón, el amor siempre está ahí, como lo está la comprensión.

El Caballero se sentía abrumado:

—¿Cuánto tiempo me llevará hacer eso? —preguntó.

Merlín se echó a reír:

—¿No disponéis del resto de vuestra vida?

—Sí, pero pienso que intentar amar a Julieta a cada momento me la acortará —contestó el Caballero.

Merlín volvió a reír.

—Daos cuenta de que habéis dicho «pienso». Cuando no penséis, cuando

tan sólo améis, ya no volveréis a «intentar» comprender o amar; simplemente lo haréis. Desde ese momento, ya no *pensaréis* más en vos mismo como una persona inteligente o buena, generosa y amorosa. Sencillamente... lo seréis.

Las palabras de Merlín conmovieron profundamente al Caballero. Su voz parecía apenas un susurro:

—¿Creéis que me sucederá eso?

—La búsqueda os proporcionará la respuesta —dijo Merlín mientras miraba con profundo cariño al Caballero.

## 2 — Empieza la búsqueda

EN EL PATIO DEL castillo, Julieta observaba cómo el Caballero luchaba por levantar dos arcones llenos con la ropa de la búsqueda y los ataba a lomos de un mal dispuesto asno. Después, el Caballero se secó la frente y respiró profundamente. Recordó que Merlín le había enseñado que la energía que reunía cuando respiraba profundamente era amor. Y en ese momento necesitaba todo el amor que pudiera reunir para

suavizar al máximo la voz.

—¿Qué delante lleváis en vuestro equipaje?

—De todo —contestó Julieta alegremente—. Como no sabía qué hay que ponerse para una búsqueda, la solución más práctica era llevar de todo.

El Caballero volvió a respirar profundamente. Sentía que el amor por Julieta le ensanchaba el corazón.

—Querida, aunque la búsqueda durara cincuenta años, no llegaríais a ponerlos la ropa de dos arcones.

—Sólo uno de ellos tiene ropa —contestó—. He engordado, pero intento perder peso, así que necesitaré ropa para gordas y ropa para delgadas. El

otro arcón está lleno de zapatos.

El Caballero la miraba fijamente.

—Una persona no puede tener nunca demasiados zapatos. Se gastan, y desde que he engordado parecen gastarse más.

El Caballero no sabía si podría respirar suficiente amor para enfrentarse a esa situación. Probablemente hubiese perdido los papeles si Merlín no hubiese surgido del establo tirando de tres hermosos caballos.

—Lo mejor es salir antes de que nos quedemos sin luz del día —dijo Merlín.

—No podemos irnos hasta que Cristóbal vuelva a casa —aclaró Julieta —, Debía haber llegado ayer —dijo con preocupación.



Merlín sonrió y señaló un cerro que quedaba a la derecha.

—Mirad hacia allí —le ordenó—, aparecerá en cualquier momento.

Fiel a las palabras del mago, Cristóbal apareció repentinamente sobre la loma. Tiró de las riendas y el caballo se irguió sobre sus patas. Constituía una bella estampa con su armadura y su plumacho rojo en la visera del casco. Montaba el caballo como si fuera una parte de él mismo. Saludó a sus padres y se lanzó monte abajo de modo temerario.

El Caballero sintió la misma oleada de calor que sentía siempre que miraba a su hijo.«Cómo se parece a mí —pensó

—, y, por fortuna, qué distinto es de mí.»

Los años en los que había estado sin su hijo le habían conducido a un lugar donde ya no le necesitaba, y, tal como le había enseñado Merlín, cuando ya no precisamos a una persona es sólo entonces cuando podemos amarla de verdad. El Caballero agradecía a Julieta que hubiera educado al chico en los principios de la sensibilidad, el amor y la afectividad de su parte femenina sin que eso diezmara en modo alguno su masculinidad.

Observó cómo Cristóbal descabalgaba ágilmente. Es decir, con toda la agilidad con la que se puede desmontar un caballo llevando una

armadura de 45 kilos. Cristóbal tiró el casco, besó y estrechó entre sus brazos a su madre, y abrazó a su padre.

—Estaba deseando que regresaras hoy del torneo, Cristóbal —dijo el Caballero.

En otra época, el Caballero le hubiera formulado una pregunta trascendente: «¿Venciste?», pero ahora, era capaz de hacer la única y auténtica pregunta:

—¿Te divertiste, hijo?

Como sabía lo que le gustaban las rimas, Cristóbal le contesto:

—Peleé y jugué noche y día.

—No hice nada mal, todo fue bonhomía.

Padre e hijo se echaron a reír. El Caballero miró agradecido a Merlín, y le dijo:

—Le enseñasteis muy bien en mi ausencia, Merlín.

—Fue una dicha constante —contestó Merlín—. Desde Arturo no había tenido a un estudiante tan ágil.

Miró al muchacho con gran cariño y respeto. Los ojos de Cristóbal reflejaban los mismos sentimientos.

De repente, Cristóbal vio el asno y los tres caballos ensillados. Julieta se dio cuenta.

—Merlín quiere que tu padre y yo misma realicemos una búsqueda —le

explicó.

Cristóbal la miró asombrado, y dirigiéndose a Merlín, dijo:

—¿Cuántos años tendré yo cuando vuelvan?

Merlín se rió:

—Los dos parecen estar bastante dispuestos, y el tiempo se mide por la disposición.

—Estoy convencida de que no estaremos mucho tiempo fuera, querido. Mientras, quizás te gustaría quedarte con tu abuelo —Julieta se apresuró a contestar.

Los ojos azules de Cristóbal brillaron:

—¿Por qué no? No hay mucha gente

que tenga un abuelo rey.

El Caballero se echó a reír:

—Bromea con él, Cristóbal. Cuando ríe se olvida de ser quien cree ser.

Todos se rieron.

Merlín miró hacia la salida del sol:

—No podemos retrasarnos más.

Se despidieron todos y Julieta, aguantándose las lágrimas, abrazó a Cristóbal.

—Pórtate bien —susurró.

—Me siento bien porque sé que estáis haciendo algo que es bueno para vosotros —susurró también Cristóbal.

Julieta subió al caballo con la ayuda del Caballero. Todos saludaron con la mano a Cristóbal, éste miró cómo

desaparecía el trío por la colina y, de repente, se sintió muy solo. Hubo una época en la que Cristóbal se habría sentido hundido, habría saltado a su caballo y galopado en busca de su abuelo; sin embargo, Merlín le había enseñado a no huir de los sentimientos, sino a vivir con ellos. Cristóbal, a regañadientes, se quedó con su soledad, y, para su propia sorpresa, empezó a llorar.

Mientras se limpiaba las lágrimas, cayó en que lo que le hacía llorar no era tan sólo la soledad y la tristeza, sino también la rabia y el resentimiento que sentía hacia sus padres por dejarle solo. No había podido verles demasiado, y

ahora estarían fuera durante meses, quizás años. La rabia y el resentimiento aumentaron. Se desahogó físicamente tomando un hacha y cortando un montón de leña. Finalmente, rabia y sudor brotaron de su interior. Se sentó sobre un tronco para descansar y se sintió algo mejor... Además, supo que existía otra manera de ver el abandono de sus padres. De repente, sintió una sensación de libertad... no se responsabilizaría de las acciones de ellos, sería responsable de sí mismo. Se levantó y sintió que una nueva actitud le invadía por completo. Había dado otro paso para llegar a ser él mismo, y sonrió al sentir la fuerza de haber dado otro paso más hacia la



madurez. Sacudió la cabeza y suspiró pensando en lo que había pasado en las últimas horas.

—Merlín, Merlín, ¿por qué es tan difícil crecer? —murmuró.

La voz de Merlín le susurró la respuesta:

*Las flores crecen con gotas de lluvia*

*Los humanos crecen con lágrimas de  
penuria*

*No creas que todo es en vano,*

*si caminas con amor, hermano.*

Julieta, el Caballero y Merlín llegaron enseguida al bosque de este último. Salieron a recibirles todos los animales de los que el Caballero había hablado a Julieta. El Caballero estaba rebosante de alegría.

Abrazó a Ardilla, al zorro, al ciervo, a Rebeca, a la paloma y al gran oso negro.

—Nunca creí que os vería a todos de nuevo —dijo el Caballero.

—Nosotros sí sabíamos que volveríamos a *verte* -contestó Ardilla.

—Tienes mucho que aprender —asintió el zorro con la cabeza.

Merlín presentó a Julieta. Los

animales y Julieta se enamoraron de inmediato.

El Caballero estaba sorprendido de lo fácil que había sido para Julieta aceptar el hecho de que los animales hablaran entre sí. Merlín vio su sorpresa.

—Las mujeres —explicó al Caballero— tienen el don de saber recibir. Por ello reciben nuevos pensamientos, nuevos sentimientos y nuevas ideas con más rapidez que los hombres.

—¿Y *eso* la hace mejor que yo? — El Caballero parecía nervioso.

—Sólo diferente. —Merlín se rió y después añadió—: es mejor no

comparar a una persona con otra, un sexo con otro, si no uno siempre nos parecería mejor que el otro.

Julieta oyó esto último y miró al mago con cariño y admiración:

—¿Cómo llegasteis a ser tan sabio?

—Admitiendo que no sé nada — contestó Merlín.

—No lo entiendo —dijo el Caballero.

—Cuando creemos que lo sabemos todo, no nos queda lugar para aprender nada más. Pero si sabemos que no sabemos nada, tenemos espacio para aprenderlo todo —le explicó Merlín.

—Me gustaría vivir eternamente con vos y con los animales del bosque —

suspiró Julieta, invadida por la belleza de ese pensamiento.

—A mí también me gustaría que pudierais hacerlo —dijo el ciervo, acariciando la mejilla de Julieta con el hocico.

—Eres un ciervo encantador —comentó Julieta mientras abrazaba al cariñoso animal.

Todos se echaron a reír. Julieta llevó aparte al Caballero:

—No te atrevas a volver a llevar a casa un ciervo para que lo guise. Podríamos comernos a uno de sus parientes.

—Volveré a ser vegetariano —prometió el Caballero.

—Bueno, tendríamos que dormir un poco —sentenció Merlín—, pues mañana empezaremos muy pronto.

—¿Nos acompañarán los animales, como hicieron en la búsqueda del Caballero? —preguntó Julieta.

Merlín la interrumpió:

—Esta vez sólo hay sitio para dos animales pequeños.

—Pues entonces yo me quedo fuera—dijo el oso.

—Iré yo —intervino Ardilla.

—Yo también —repuso Rebeca.

—Vosotros podéis venir después —aclaró Merlín a los demás.

Así pues, a la mañana siguiente, a la salida del sol, Julieta se puso sus

mejores galas de búsqueda y se reunió con Merlín para recibir instrucciones.

Ante la sorpresa de todos, Merlín movió la mano y formó una exquisita burbuja violeta alrededor de ellos. La burbuja se elevó en el cielo y les llevó flotando hacia el horizonte.

Aterrizaron en la playa de un vasto océano. La burbuja estalló y todos miraron a su alrededor.

—¿Dónde estamos? —preguntó el Caballero.

—Este es el océano que tú y Julieta tenéis que atravesar —aclaró Merlín—. Se llama mar del Matrimonio.

# 3 — Junto al hermoso mar

AQUÍ HAY MUCHÍSIMA AGUA —  
observó Ardilla.

—Ni siquiera creo que pueda  
cruzarlo volando —dijo Rebeca.

—¿Cómo vamos a cruzar este mar?  
—preguntó Julieta.

—Aún no he aprendido a andar  
sobre el agua —comentó secamente el  
Caballero.

Julieta aplaudió emocionada.

—¿Nos vais a enseñar a andar sobre



el agua? —preguntó al mago.

—Conozco una manera más fácil —  
se rió Merlín.

Movió la mano izquierda y apareció una hermosa barca pequeña. Tenía forma de corazón.

—¡Qué barca más bonita!

—Sí, está tallada en el amor de corazón —sonrió Merlín.

—Sólo espero que flote... no nado *muy bueno* -comentó Ardilla, que era muy práctica, tras examinar la barca.

- *Muy bien* -le corrigió Merlín.

—No estoy de humor para recibir lecciones gramaticales —dijo Ardilla —. No estoy tan segura de querer ir.

—La barca se mantendrá a flote

siempre que Julieta y el Caballero no se peleen —aclaró Merlín.

—Ahora ya sé que no quiero ir —dijo Ardilla.

—Yo tampoco quiero —se unió Rebeca—. Si empiezan a pelearse a 10 millas de la costa, nunca conseguiré regresar hasta la orilla.

—No se trata de no discutir o de no estar en desacuerdo uno con otro, lo que hará que esta barca se hunda será seguir enfadado o no querer ver el punto de vista del otro —comentó Merlín.

—Me parece que yo tampoco sé si quiero ir —dijo el Caballero.

Julieta miró la embarcación y luego el vasto océano, y preguntó un tanto

temerosa:

—¿Cómo ha llegado a ser tan grande el mar del Matrimonio?

—A lo largo de los siglos, millones y millones de hombres y mujeres que se han amado y han sufrido desavenencias, traiciones y abandonos han llenado el mar del Matrimonio con lágrimas de autocompasión —contestó Merlín.

Julieta contempló el mar con tristeza:

—Ahí deben estar algunas de mis lágrimas.

—Y también de las mías —dijo el Caballero.

—Si sois capaces de atravesar este

océano de autocompasión, pesar y dolor, al otro lado del mismo encontraréis alegría eterna, felicidad y éxtasis — explicó Merlín.

Julieta respiró profundamente, se irguió sobre su metro cincuenta y ocho y dijo con una vocecita apenas perceptible:

—Estoy dispuesta a intentarlo.

El Caballero miró al mar durante un buen rato, y luego a los ojos de Julieta y finalmente anunció:

—Yo también.

Y así fue como el Caballero, Julieta, Ardilla y la paloma subieron a la barquita con forma de corazón. Con un gesto, Merlín puso la barca en el mar.

El Caballero se dirigió a proa y tomó el timón.

Julieta le siguió:

—¿Por qué vais a dirigir vos la embarcación?

—Desearía llegar a salvo al otro lado —contestó el Caballero.

—¿Conocéis el rumbo? —le preguntó Julieta.

El Caballero negó con la cabeza.

—Repito, ¿por qué vais a dirigir vos esta embarcación? —volvió a preguntar Julieta.

El Caballero se encogió de hombros y dijo simplemente:

—Porque soy el hombre. Mi deber es llevaros y protegeros.

—Pues hasta ahora —dijo Julieta con un tono mordaz— nos habéis llevado eficazmente a quince años de infelicidad.

Hasta ese momento, la mar había estado en calma, pero tras esas palabras empezó a picarse. Una vez regresó de la búsqueda, comprensivo y sabio, muy pocas cosas había que pudieran irritar al Caballero, pero Julieta le sacaba de quicio a cada instante.

—No sabéis mucho más que yo acerca de cómo navegar a través de este océano —concluyó.

—Lo que yo no sé no me hará daño. Lo que vos no sabéis, puede hacérmelo —dijo el Caballero con brusquedad.

La mar estaba más agitada y amenazadora. Rebeca se posó en un lado de la barca, dispuesta a emprender el vuelo a tierra. Ardilla iba dando bandazos de un lado a otro y su aspecto era como si fuera a perder todas las avellanas que tenía para el desayuno. Rebeca señaló a popa con una de sus alas y gritó:

—¡Caramba, mirad!

Todos se volvieron y se encontraron frente a una ola de seis metros que, sin ninguna duda, les haría volcar.

—¡Cielo santo! ¿Por qué no tomáis el timón entre los dos? —gritó Ardilla.

—Por mí, de acuerdo —dijo Julieta, tras dudarlo un momento.

El Caballero habría dudado un poco más, pero un vistazo a la ola le convenció para hacerlo.

—Por mí, también está bien —dijo, y ambos agarraron el timón. La ola desapareció de pronto y el mar quedó de nuevo en calma.

La ardilla y Rebeca dejaron escapar un suspiro de alivio.

Julieta sonrió. Con la mano sobre el timón, sintió por vez primera la alegría de navegar en la dirección donde iba a vivir con el Caballero. Empezó a cantar:

*Esto es lo que yo entiendo por un  
socio.*



El Caballero miró a Julieta con una nueva consideración. Ella había deseado seguir su propio camino, pero no había querido acabar con ambos por conseguirlo. Empezaba a admirar su fuerza de voluntad cuando, de repente, vio que daba un golpe de timón a la izquierda. El Caballero enderezó inmediatamente el timón.

—¿Por qué habéis hecho eso? —preguntó Julieta.

—Pues porque nos estabais desviando de rumbo, claro está —le contestó el Caballero.

—¿Cómo lo sabéis? —quiso saber Julieta.

—Porque estoy siguiendo la estrella

polar —le replicó el Caballero.

—¿Cómo podéis decir dónde está la estrella polar, si es de día?

—Porque me acuerdo —dijo el Caballero.

—Además, ¿cómo sabéis que tenemos que ir *rumbo norte*? -le preguntó.

—¿Y a vos qué os hace pensar que tenemos que ir *rumbo sur*? -repuso el Caballero con voz tensa.

—Lo intuía —contestó con acritud.

A Ardilla no le gustaba en absoluto *el rumbo* que estaba tomando la conversación, y estaba en lo cierto. El mar, una vez más, se empezó a picar.

—Yo también tengo una intuición. Y

mi intuición me dice que vayamos hacia el norte para cruzar el mar —dijo el Caballero.

Julieta puso más énfasis en su respuesta:

—No creo que tengáis ninguna intuición, creo que estáis fingiendo.

—Durante años os habéis estado quejando de que pienso y no siento, y ahora, que siento e intuyo, me decís, cuando mis sentimientos difieren de los vuestros, que estoy fingiendo —replicó el Caballero cada vez más enojado.

El mar reflejaba el enojo del Caballero y hervía de espuma.

—¿Por qué no vamos la mitad del camino hacia el norte y la otra mitad,

hacia el sur? —repuso Rebeca, nerviosa, en un intento por poner paz.

—El rumbo no es el problema —dijo Julieta mirando fijamente al Caballero.

—Vos queréis controlar el rumbo de la misma manera que me habéis controlado a mí durante estos años de matrimonio.

—Si yo dejara el control —comentó el Caballero—, vos perderíais vuestro pasatiempo favorito.

—¿Cuál? —le preguntó ella.

—Echarme la culpa cuando las cosas van mal.

Mientras, una ola de nueve metros se dirigía derecha a la embarcación.

Ardilla gritó señalando la ola:

—¡Calmaos, por favor!

Pero Julieta y el Caballero estaban tan enfrascados en la disputa que habían soltado el timón y la barquita con forma de corazón daba vueltas y vueltas sobre sí misma peligrosamente.

—¡Y cuando no me echáis la culpa, intentáis cambiarme!

—Lo único que quiero es que seáis mejor para que nuestra vida sea mejor —gritó Julieta.

—¿Cómo sabéis lo que es mejor? —chilló el Caballero—. ¡Estáis demasiado resentida para saber lo que es mejor!

Estas palabras fueron las últimas

que se oyeron. El Caballero iba a añadir algo, pero sus palabras quedaron debajo del agua. La ola los envolvió por completo e hizo volcar la barca en medio del mar.

# 4 — Salvados por la burbuja

TODOS SE HABRÍAN AHOGADO de no haber aparecido Merlín con su burbuja de color azul lavanda para sacarles de allí.

Mientras flotaba en dirección al bosque de Merlín, Julieta lloraba y el Caballero estaba muy abatido.

—Hemos fracasado —gimió Julieta. Merlín les sonrió con gran ternura.

—No —contestó—. Esto no es un fracaso, sólo es una experiencia.

—Si no hubiera sido por vos, Merlín, esta experiencia hubiera acabado en el fondo del océano —dijo el Caballero.

Merlín los consoló. Les dijo que hasta el momento, que él supiera, nunca ninguna pareja había cruzado el mar del Matrimonio en un viaje relámpago.

—El esfuerzo que cada uno tiene que hacer es permanente, constante; es un aprendizaje continuo de cómo respetar los pensamientos y sentimientos del otro, en vez de insistir cada uno en tener la razón. Cuando se intenta una vez, se puede salir a navegar de nuevo y tener una experiencia mucho más dichosa.

—Si navegan de nuevo, será sin mí



—dijo Ardilla, disgustada, mientras se escurría el agua de la cola.

—Soy demasiado sensible para hacer este tipo de viajes —coincidió Rebeca de modo vehemente.

—¿Por qué el Caballero y yo acabamos siempre peleándonos? —preguntó Julieta.

—Tara mí es mucho más fácil pelear con otros caballeros —dijo el Caballero —, y, desde luego, tengo más oportunidades de ganar.

Merlín sonrió:

—La diferencia con la pareja es que, aun ganando, se pierde.

—Yo no creo estar intentando ganar —aclaró Julieta—. Sólo intento

sobrevivir.

Merlín asintió con la cabeza:

—Ambos intentáis sobrevivir, lo cual contesta tu pregunta, Julieta, de por qué los dos estáis siempre discutiendo. ¿Os disteis cuenta de que lo primero que hicisteis al saltar a la barca fue agarrar el timón?

Julieta y el Caballero asintieron.

—Deseáis lo que desean todos los hombres y todas la mujeres en una relación: el control.

—Yo pienso con más claridad que Julieta —se defendió el Caballero.

Julieta lo miró irritada:

—Creéis que pensáis con más

claridad, pero habéis hecho muchas tonterías.

—Ciertamente, alguna vez también me he equivocado —irrumpió el Caballero.

—Pero no os habríais equivocado de haber escuchado mis opiniones —dijo Julieta en un tono desesperado.

Ardilla miró con ansiedad las escarpadas y lejanas montañas, y dirigiéndose a Merlín, dijo:

—Si siguen discutiendo, ¿estallará esta burbuja?

Merlín se rio y contesto:

—Yo diría que sí.

Y, dirigiéndose a Julieta y al Caballero, les dijo:

—Si no queréis formar parte del paisaje, lo mejor es que dejéis de discutir.

Se calmaron un tanto avergonzados.

Merlín tuvo compasión de ellos:

—Muchas parejas se han hundido en el mar del Matrimonio, y muchos amantes que han soñado con relaciones felices han visto cómo su burbuja estallaba.

Julieta se volvió hacia el Caballero con lágrimas en los ojos y le dijo:

—Cariño, yo no quiero que nos suceda eso.

—Yo tampoco —aclaró el Caballero. La rodeó con sus brazos y la apretó fuertemente contra él. Sus ropas

mojadas provocaron que, al besarse, chorrearan agua.

La burbuja aterrizó en un claro del bosque. Salieron de ella y el oso, el zorro y el ciervo les dieron la bienvenida.

—Se hundió la barca, ¿verdad? — dijo el zorro mirando a la empapada pareja.

Mientras acariciaba la cabeza del zorro, Merlín susurró:

—Sin juicios, por favor.

El zorro, al ser un animal tan astuto, contestó:

—No estaba juzgando, Merlín, sólo observando.

El oso quiso intervenir en la

conversación:

—Te conozco, zorro, siempre dictas sentencias. De no haberte detenido Merlín, habrías dicho a Julieta y al Caballero lo tontos que son.

El oso se detuvo y se llevó la zarpa a la boca al darse cuenta de que acababa de emitir un juicio.

Julieta se rió y dijo:

—Tienes razón, oso, casi nos ahogamos nosotros solos.

—Es importante tener en cuenta los juicios, porque en esta búsqueda no debéis veros a vosotros mismos con parcialidad, ni prejuicios ni crítica —sentenció Merlín.

—Esto va a ser duro —dijo Julieta.

—Sólo hay que tener en cuenta la experiencia. Hace falta que los dos admitáis vuestros errores, pues si cada uno le echa la culpa al otro, los juicios bloquean las acciones y ninguno de los dos puede cambiar.

—¿Queréis decir que una persona no puede cambiar si se juzga a sí misma o a los demás? —preguntó el Caballero.

Merlín asintió:

—Exactamente. Si juzga a otro, uno no se permite a sí mismo ver el cambio que experimenta.

Julieta estornudó de improviso.

—Voy a hacer un cambio ahora mismo. Voy a cambiarme la ropa que llevo puesta por otra ropa de búsqueda

que esté seca —dijo.

Merlín hizo un gesto con la mano y bajo un abeto apareció un maravilloso fuego. El Caballero, Ardilla y Rebeca se sentaron también para secarse. Julieta, seca y dichosa, se sentó junto a ellos.

El Caballero pensó que uno de sus juicios contra Julieta era que siempre cargaba con demasiada ropa en los viajes. Inmediatamente, el juicio desapareció, sobre todo porque deseaba que hubiera llevado algo de ropa seca para él. Enseguida se dio cuenta de que juzgar a alguien evita que uno haga lo que tiene que hacer.

—Estáis en lo cierto —observó Merlín.



El Caballero miró hacia arriba perplejo. Le desesperaba que Merlín le leyera el pensamiento.

Julieta miró a Merlín intimidada:

—Sabíais lo que el Caballero estaba pensando.

—Siempre sabe lo que piensa todo el mundo —aclaró el Caballero, entre la admiración y la desesperación.

—¿Sabéis lo que pensaba mientras me cambiaba de ropa? —preguntó Julieta, que parecía incómoda.

Merlín sonrió con picardía:

—Estoy engordando.

Julieta se ruborizó. Todos se echaron a reír. Julieta volvió a sonrojarse.

—Si sabéis lo que pienso, no tengo

privacidad.

—Nadie tiene pensamientos realmente privados y creemos que al no haberlos expresado en voz alta nadie los conoce —contestó Merlín.

—No sé muy bien qué queréis decir.  
Merlín arrancó una hoja de un árbol. Abrió la bella manita de Julieta e introdujo la hoja en ella:

—Digamos que esta hoja es vuestro pensamiento.

Julieta estaba encantada con la idea de que la hoja fuera su pensamiento. Preguntó:

—¿Y ahora, qué?

—¡Soplad!

Julieta así lo hizo y la hoja abandonó

la mano, una brisa la recogió y luego desapareció de la vista.

—Vuestro pensamiento —dijo Merlín—, al igual que la hoja, está ahora en el universo. Los pensamientos crean acción. Para que suceda algo, antes hay que pensarlo. Los millones de personas que tienen pensamientos positivos llenan el mundo de belleza. Los pensamientos negativos crean acciones negativas.

—¿Aunque no se digan? —preguntó Julieta.

Merlín asintió:

—La propia energía de los pensamientos negativos crea tensión y desasosiego. La gente que siente rabia y

violencia crea las cruzadas y las guerras. A nivel personal, los pensamientos negativos entre parejas casadas conducen a la acción del divorcio.

Por un momento, todos permanecieron callados, impactados por las palabras de Merlín. El ciervo rompió el silencio:

—Estoy contento de haber nacido animal. Lo único que deseo es dormir, comer y sobre todo escapar de cualquiera que quiera comerme.

El Caballero se dio por aludido y dijo:

—Juro que a partir de este mismo momento ningún ciervo irá a parar a mi

boca.

—Ni a la mía —completó Julieta.

—Eso está muy bien —dijo el zorro —, pero, ¿no es de zorro el cuello que llevas en la chaqueta?

Julieta se tocó la chaqueta, avergonzada.

—Podría ser mi tío.

—Perdió a su tío el año pasado, en una cacería —apuntó Ardilla.

Con cierto remordimiento, Julieta se agachó y abrazó al zorro, diciendo:

—Lo siento, lo siento mucho.

El zorro no aceptó la compasión:

—La cara que toca piel de zorro nunca toca mi piel —dijo indignado. Entonces vio que Merlín le estaba

mirando. El zorro transigió, y con una vocecita dijo—: Me perdono a mí mismo.

—Pero yo quiero que me perdones *a mí*-aclaró Julieta.

—No es necesario, se perdona a sí mismo por haberte puesto en el dilema de tener que pedirle perdón —aclaró Rebeca.

Julieta sacudió la cabeza confusa:

—No lo entiendo.

—La mayoría de las personas no entiende el perdón. Siempre se piden perdón unas a otras, cuando lo que cada una de ellas necesita es perdonarse a sí misma por haber creado una situación en la que es necesario el perdón —arguyo

Merlín.

—Creo entenderlo —dijo el Caballero—. Si escuchamos a nuestro ego en vez de a nuestro corazón, siempre necesitaremos que nos perdonen para poder sentirnos mejor.

Merlín asintió:

—En gran parte es así. Me atrevo a aventurar que antes de que termine esta búsqueda ya lo habréis entendido todo.

—¿Cuál es el siguiente paso que tenemos que dar? —preguntó el Caballero.

Merlín hizo de nuevo un gesto con la mano y la bella burbuja de color lavanda volvió a aparecer. Indicó a Julieta y al Caballero que entraran en

ella.

Julieta se detuvo y dijo a los animales:

—¿Va a venir alguno con nosotros?

—La única condición para que yo venga es que esta parte de la búsqueda sea en terreno seco —contestó Ardilla.

Merlín se echó a reír:

—Te aseguro que así será.

—Yo iría si no fuera demasiado pesado para esa burbuja —dijo el oso.

—La burbuja puede soportar muchas veces tu peso —le contestó Merlín.

—Yo no quiero quedarme atrás —añadió Rebeca.

El zorro y el ciervo decidieron que ellos también irían.



Mientras flotaban en el aire, el Caballero dijo a los animales que estaba muy contento de que hubieran decidido acompañarles, pues eso le daba más seguridad para completar el viaje.

—Nunca habría tenido éxito en mi primera búsqueda de no haber sido por ellos —explicó el Caballero a Julieta.

La burbuja ascendió en la altura, y después, finalmente, tomaron tierra en otra parte del bosque, que estaba cubierta de una espesa bruma.

# 5 — El Bosque de las Ilusiones

JULIETA CONTEMPLÓ EL BOSQUE y se estremeció.

—Da miedo —dijo.

—Hay quien lo describe como siniestro. Se llama el Bosque de las Ilusiones —contestó Merlín.

—¿Por qué se llama así? —preguntó el Caballero.

Porque la ilusión es como una bruma. Oculta la realidad —repuso Merlín.

Al aproximarse al bosque, el Caballero y Julieta titubearon. No tenía un aspecto que invitara a adentrarse en él.

Julieta volvió a estremecerse.

—Parte de esta bruma es tan espesa como la niebla. ¿No te asusta? —preguntó al oso.

—El oso negó con la cabeza.

—Yo no veo ninguna bruma ni ninguna niebla.

—Ni yo —dijo el ciervo.

Julieta y el Caballero se dieron cuenta, con cierta estupefacción, de que ninguno de los animales veía la bruma.

—Se debe a que los animales no viven con ilusión. No tienen falsas

creencias sobre cómo son las cosas. Ven todo tal cual es —explicó Merlín.

El Caballero respiró aliviado:

—Estoy muy contento de que vengáis con nosotros.

—El objeto de esta búsqueda —aclaró Merlín a Julieta y al Caballero— es traspasar la bruma de vuestras ilusiones hasta el otro extremo del bosque, así podréis llegar a entender vosotros mismos quiénes sois y quiénes sois para el otro.

Y volviéndose a los animales dijo:

—Ninguno de vosotros guiaréis a Julieta o al Caballero a través de la bruma. Ellos son los que tienen que encontrar su propio camino a través de

sus ilusiones o esta búsqueda no tendría razón de ser.

—Pero, ¿y si nos perdemos? —  
protestó Julieta.

—Estoy seguro de que lo haréis —  
dijo Merlín—. Cuando suceda,  
llamadme con toda libertad y, al  
instante, apareceré.

Julieta miró asombrada la espesa  
bruma. Y con no demasiado entusiasmo  
comentó:

—Supongo que lo mejor es que  
empecemos nuestra búsqueda.

El Caballero le pasó un  
reconfortante brazo por encima del  
hombro:

—No te preocupes, querida —

exclamó—, yo te protegeré.

—No —aclaró Merlín—. Ya la habéis protegido demasiado impidiendo que descubriera quién es ella realmente. En esta parte de la búsqueda cada uno debe ir solo.

—No te preocupes —dijo el oso a Julieta—, yo te protegeré.

—Yo también iré contigo —añadió el ciervo.

Rebeca se posó en el hombro de Julieta.

—Y yo —dijo Rebeca, besándola en la mejilla.

Julieta se sintió muy reconfortada con el amor de los animales.

El zorro se dirigió al Caballero:

—Según parece, Ardilla y yo nos quedamos contigo.

Merlín hizo un gesto y la bruma se levantó ligeramente al final del bosque. Julieta y el Caballero pudieron ver dos señales: en una de ellas, una flecha que señalaba un sendero brumoso a la izquierda, decía «mujeres». A la derecha, otra señal con una flecha roja ponía «hombres».

El Caballero se animó un tanto:

—Al menos sabemos por dónde empezar.

Y dijo a Julieta:

—Yo iré por el camino que señala hombres y vos por el que señala mujeres.

—No necesito que me aclaréis lo que es obvio —dijo Julieta con cierta aspereza.

Merlín les interrumpió para evitar que se iniciara una discusión.

—A veces, lo obvio es una ilusión. Sois dos seres humanos. —Y dijo al Caballero—: da la casualidad de que estáis en el cuerpo de un hombre. —Y, volviéndose a Julieta—: Y da la casualidad de que vos estáis en el cuerpo de una mujer. La ilusión es que hay una diferencia. La realidad es que vos, Caballero, tenéis las características de un hombre, y vos, Julieta, las de una mujer. Sin embargo, ambos tenéis rasgos masculinos y femeninos. Os habéis



separado al no aceptar las características del otro ser humano. Puesto que ambos participáis en esta búsqueda para aprender a mantener una bella relación con el otro, es necesario que vos —dijo al Caballero— aprendáis cómo piensa y siente una mujer. —Y volviéndose a Julieta le dijo —: y es importante que vos aprendáis cómo piensa y siente un hombre. Cuando ambos lo hagáis, no habrá diferencias que os separen.

Así pues, con los animales como compañía, el Caballero echó a andar hacia el sendero señalado para «mujeres» y Julieta hacia el señalado para «hombres». Al llegar al cruce de

los caminos en el que debían separarse, se volvieron y miraron atrás. Cada uno veía que el otro pensaba lo mismo en el mismo instante. Si fracasaban a la hora de encontrar el camino a través de la bruma, se perderían en el bosque, separados uno del otro para siempre.

Con lágrimas en los ojos y cierta pesadumbre en el corazón, empezaron sus caminos separados.

Julieta avanzaba cuidadosamente por el sendero, con los ojos enturbiados por las lágrimas y la bruma. El oso le ofreció una hoja de eucalipto para que se secara los ojos y ella le dio las gracias. Después le alargó la hoja de un lirio silvestre para que se pudiera sonar

la nariz. Lo hizo, y se sintió mucho mejor.

El ciervo le acarició la mejilla:

—No te preocupes, volverás a ver al Caballero.

—Pero, ¿y si yo no puedo atravesar la bruma de la ilusión y él sí? ¿O si yo puedo y él no? —gimió Julieta.

—Merlín dice que si piensas en lo peor, lo más seguro es que suceda —contestó Rebeca.

—No estaba pensando, estaba sintiendo —replicó Rebeca.

No había acabado de pronunciar esas palabras cuando vio una señal a través de la bruma. Decía: «Secaos los ojos, dejad de parpadear, en vuestros

pensamientos tenéis que pensar».

Julieta se sentía doblemente enojada, primero con Merlín. por prever que lloraría, y, segundo, porque el mensaje de la señal implicaba que necesitaba pensar sobre el pensamiento. El Caballero le decía a menudo que ella no pensaba con claridad, y una vez llegó a llamarle tonta. No volvió a decírselo más, pues ella dejó de servirle la cena durante un mes.

Cuando finalmente superó su enojo, se sentó sobre un tronco a reflexionar sobre el pensamiento. Esto era ciertamente una característica masculina, comentó Julieta a los animales. Rebeca, que se había posado

nuevamente en su hombro, le dijo:

—Pero también es una característica tuya, y como comentó Merlín, para entenderos mejor a vos misma y al Caballero, tendréis que entender vuestros rasgos masculinos.

—¡Ah, pues muy bien! —suspiró Julieta. Se sentó más cómodamente en el tronco y empezó a pensar sobre el pensamiento.

En otra parte del bosque, el Caballero estaba experimentando cierto enojo. Acababa de llegar a una señal en la que se podía leer: «Si pensamientos y sentimientos equilibráis, veréis cuan feliz os encontráis». Desde que había vuelto de su búsqueda estaba más en

contacto con sus sentimientos, era capaz de conectar con ellos, pensaba de sí mismo que era un hombre sensible. ¿Qué más tenía que aprender?

—Si siento, siento, ¿cuál es el gran problema? —se quejó a la ardilla.

—Estás empezando a parecerte a la señal —contestó el zorro.

El Caballero se sentó a regañadientes en un tronco a meditar y a sentir.

\* \* \*

Julieta se dio cuenta de repente de que debía llevar sentada sobre el tronco varias horas, pues estaba bastante

hambrienta. Miró a su alrededor para ver si encontraba a alguien más con hambre, pero no había señales del ciervo, ni de Rebeca, ni del oso. En ese momento, el oso apareció detrás de ella entre la niebla. Al no reconocerlo, Julieta dejó escapar un chillido de pánico.

—Sólo soy yo —dijo el oso con voz tranquilizadora—. Estaba recolectando unos cuantos frutos del bosque.

Rebeca y el ciervo aparecieron al mismo tiempo.

—Hemos oído que gritabas —comentó Rebeca.

—Siento haberos preocupado —se disculpó Julieta—. El oso se acercó por

detrás y me asusté. No he llegado a ninguna conclusión acerca del pensamiento.

—Antes de *sentirte asustada* -le preguntó Rebeca—, ¿no *pensaste* que había algo por lo que asustarse?

—Pues, yo, esto... —dudó Julieta.

Entonces, de repente, se dio cuenta de algo muy importante. Hasta ese momento sólo creía en lo que sentía. Pero ahora se daba cuenta de la verdad, y así se lo comunicó a los animales:

—Un pensamiento puede llegar a ser un sentimiento y un sentimiento puede llegar a ser un pensamiento.

En cuanto acabó de pronunciar estas palabras, se despejó la bruma en su



parte del bosque. Ahora podía ver con claridad el cielo azul y sentir el sol sobre ella.

—Puede que atravesar este bosque no sea tan difícil como pensaba —dijo Julieta—, pues tengo a mi lado a una bella paloma como tú.

Rebeca miró a su alrededor algo nerviosa:

—No le digas a Merlín que te he dado una pista. Se supone que no debía hacer eso.

La risa de Merlín se oyó en el aire.

\* \* \*

El Caballero estaba aún sobre el

tronco, enfrascado en sus pensamientos y sus sentimientos. Llevaba sentado horas sin llegar a ninguna parte. Finalmente llamó:

—¡Merlín, Merlín!

El mago, tal como había prometido, apareció. Llevaba un laúd.

—Perdonad que os importune —dijo el Caballero.

—Estaba tañendo música para un grupo de ardillas. Necesitaban que las animara, pues unas urracas malvadas les han robado todas las avellanas que guardaban para el invierno.

—Yo necesitaría animarme a mí mismo —comentó el Caballero—. Llevo sentado aquí más de dos días intentando

resolver mis sentimientos sobre los sentimientos.

—Lleváis aquí mucho más tiempo —sentenció Merlín—. Lleváis una semana.

El Caballero se quedó atónito:

—No es de extrañar que me sienta tan mal.

—Siete días sin comer pueden debilitar. —En los ojos de Merlín apareció una chispa de picardía.

—No estoy de humor para vuestras bromas —contestó el caballero.

—Queréis, por supuesto, una respuesta —dijo Merlín—, pero lo mejor es que la encontréis vos mismo; sin embargo, os daré una pista. —Y

punteando el laúd empezó a cantar—: «En los charcos a vuestros pies tenéis que mirar. La respuesta a vuestros sentimientos podréis encontrar». —Y, dicho esto, desapareció.

El Caballero escudriñó a través de la bruma que se esparcía a sus pies y vio tres pequeños charcos que se habían formado con la reciente lluvia. Se arrodilló y los miró cuidadosamente.

—Voy a necesitar vuestra ayuda —dijo a los animales—, pues no sé cómo voy a hallar la respuesta en tres charcos llenos de barro.

—Merlín nunca lo pone demasiado fácil —comentó el zorro.

La ardilla, el zorro y el Caballero

miraron los charcos y vieron su imagen reflejada en ellos. Finalmente, la ardilla habló:

—Son de diferentes medidas.

El Caballero asintió con la cabeza:

—Pero no veo que eso pueda responder a nada.

—Yo creo —dijo el zorro— que el charco en el que estoy mirando es más profundo que los otros dos.

La ardilla y el Caballero asintieron y, de repente, a éste le sobrevino la inspiración:

—¿Y si mis sentimientos fueran como el agua de los charcos?

—Odio tener que admitir —dijo el zorro— que no acabo de entender lo que

decís, me temo que tendréis que explicaros.

A medida que el Caballero hablaba, su voz iba adquiriendo un tono de excitación:

—¿Y si mis sentimientos son poco profundos como los dos charcos y tengo miedo a los sentimientos profundos?

Se puso de pie de un salto.

—¡Eso es! —exclamó—. Temo el impacto de mis sentimientos profundos.

—¿Pero por qué? —le preguntó la ardilla.

El Caballero dio unos cuantos pasos adelante y atrás.

—No lo sé —dijo.

Se detuvo a mitad de una zancada:

—¡Espera, puede que sí lo sepa! Si dejo que los pensamientos sean demasiado profundos, siento dolor. Sí, puedo sentir dolor y pena, algo a lo que no quiero enfrentarme.

—Me pregunto si eso es verdad —dijo el zorro.

La respuesta a esta verdad se hizo patente de inmediato, pues del bosque empezó a disiparse gran cantidad de bruma, y el Caballero pudo ver claramente el camino. Empezó a caminar con regocijo:

—Todo este tiempo he creído que pensaba en profundidad, pero se trataba tan sólo de una ilusión.

Y dicho esto, se disipó aún más

cantidad de bruma y pudo ver con claridad la belleza de los árboles, de las flores y del cielo, y le pareció que dentro de él también se aclaraba algo. Pudo respirar más profundamente y se sintió como si cantara. Y así lo hizo con toda la fuerza de sus pulmones.

La ardilla y el zorro se estremecieron:

—La alegría tiene sus desventajas  
—dijo la ardilla.

\* \* \*

Julieta también cantaba alegremente. Había disipado la ilusión de que los sentimientos eran más fiables que los



pensamientos. Se dio cuenta de que la mente equilibra los sentimientos. Ahora podía dar marcha atrás, cuando sus sentimientos le causaban en su interior miedo, pánico, desesperación o ansiedad. En vez de dejar que la abrumaran, podría evaluarlos con pensamientos racionales y obviar los disgustos emocionales.

Regocijada con su nueva manera de pensar, comenzó a cantar alegremente:

*Soy un pajarito que vuela alto*

*Aunque llegar al cielo no puedo y casi  
en el mar ahogado muero,*

*más divertido ahora es ser yo, empero.*

Se detuvo en la senda con los animales, pues la niebla surgía de nuevo ante ella. Escudriñó a través de ella y vio un letrero que decía: «Lo mejor es estudiar tus acciones, ver la verdad de tu agresividad».

—¿Qué querrá decir esto? —se preguntó Julieta estupefacta.

—¿Qué significa agresividad? —quiso saber el ciervo, que nunca había ido a la escuela.

—Se refiere a la manera de comportarse de la gente prepotente —contestó Julieta.

—Agresivo yo no soy... —observó el ciervo.

—Es una característica masculina que no admiro en absoluto —sentenció Julieta.

—Pero también es una de las características de tu parte masculina —le recordó Rebeca.

Julieta estaba un tanto enfadada. No le gustaba considerarse agresiva, ya que eso significaba apropiarte de cosas, tanto si te pertenecen como si no; tenía que ver con la acción violenta o la dominación... En fin, todas las cualidades que no le gustaban en los hombres.

—No —dijo en voz alta—. No tengo

intención de ser agresiva.

—Y, si no eres agresivo, ¿cómo consigues lo que quieres? —preguntó el oso, rascándose la cabeza pensativo.

—Tengo al Caballero para que me dé las cosas que quiero —le contestó Julieta.

—¿Y qué pasa si él no quiere darte las cosas que tú quieres? —intervino el ciervo.

—Iré tras él hasta que lo haga —respondió Julieta.

—¡Eso es avasallar! —exclamó Rebeca.

—No importa, un marido espera que le avasallen —replicó Julieta.

—Y ¿qué ocurriría si él no quisiera

date lo que tú quieres, aunque le avasalles? —dijo el ciervo.

—Entonces, le engañaría —contestó Julieta inmediatamente.

Entonces Julieta se calló, pues no le gustaba el derrotero que estaban tomando las cosas.

—Merlín llama a eso manipulación —dijo Rebeca.

Julieta se puso a la defensiva:

—Esa es la única forma en que las mujeres pueden conseguir lo que desean... y tienen que hacerlo por medio de los hombres.

—Entonces, debes sentirte un tanto indefensa —arguyó Rebeca.

—Pues... esto... Sí, me siento

indefensa —admitió Julieta.

—Pero si tu parte masculina es agresiva, puede que finjas indefensión porque así te resulta más fácil —sentenció el oso.

Julieta se iba enfadando cada vez más. No quería admitir que daba la falsa apariencia de indefensión para no tener que echar mano a su agresividad natural. Pero, si no lo admitía delante del oso, el ciervo y Rebeca, ¿qué pensarían de ella? Merlín apareció de improvviso y dijo:

—Es duro admitir que uno ha creado una falsa apariencia de debilidad para no tener que sacar su propia agresividad.

—Aparecéis sólo para decir eso, ¿no? —dijo Julieta mirando fijamente a Merlín.

Merlín sonrió:

—¿Recordáis lo que os dije antes de empezar esta búsqueda? Os dije que no os juzgarais a vosotros mismos.

Entonces Julieta recordó que había sido agresiva al empezar su empresa de rehabilitar castillos, y que no había tenido que pedir ayuda al Caballero.

—¡Exacto! —aplaudió Merlín—. Ya no tenéis que depender de los hombres de ahora en adelante.

—Nunca me han gustado los hombres agresivos, y supongo que no me gustaría a mí misma si llegara a ser así

—dijo Julieta.

—A vos no os gustaba cómo *utilizan* los hombres su agresividad... luchando, dominando y poseyendo. Vos no tenéis que usarla de esa manera —aclaró Merlín.

Julieta asintió.

—El empuje —prosiguió Merlín— puede utilizarse con suavidad, amor y compasión. Evitar esas características en vos misma significa evitar responsabilizaros de ser quien sois.

De repente, Julieta pareció muy resuelta.

—De ahora en adelante dejaré de dar la impresión de ser una persona indefensa y aceptaré mi responsabilidad



como persona firmemente cariñosa y comprensiva-dijo Julieta.

No había acabado de pronunciar esas palabras cuando una gran porción de niebla desapareció. Julieta sintió que la invadía una gran fuerza, sería capaz de crear más y con mayor claridad por sí sola. Se dirigió a Merlín para darle las gracias por su magia, pero Merlín se había desvanecido mágicamente.

\* \* \*

La ardilla y el zorro habían comenzado a cantar con el Caballero. Cantaban también a pleno pulmón, más que nada para no oír cómo cantaba el

Caballero. Poco después se encontraron con la siguiente capa de bruma de ilusión. Parecía aún más espesa que la que acababan de dejar atrás. El Caballero buscó la señal de costumbre, y, efectivamente, allí estaba, a un lado del sendero. El Caballero leyó:

*Julieta es una rosa entre las rosas,*

*¿por qué la ves como una  
contrincante?*

—Porque eso es lo que mejor sabe hacer; oponerse a la mayoría de las cosas que digo o deseo hacer —dijo el

Caballero al instante.

—¿Siempre ha hecho eso? —  
preguntó el zorro con curiosidad.

El Caballero asintió:

—Desde el principio. Ni siquiera le gustó el modo en que la rescaté del castillo del ogro.

—Julieta me contó que cuando escalaste hasta la ventana donde se hallaba para rescatarla, la empujaste al foso y estropeaste sus mejores galas de princesa. Que tú caíste después, y, como no sabías nadar, ella tuvo que rescatarte —dijo Ardilla.

Al Caballero le molestó un poco que se hubieran enterado de esa parte de la historia.

—Nadie es perfecto-aclaró un tanto enfurruñado.

—Pero tú decidiste casarte con ella —le dijo Ardilla.

—Decidí casarme con ella cuando el Rey dijo que me cortaría la cabeza si no lo hacía —respondió el Caballero.

—Entonces, ¿en realidad no la amas? —le preguntó el zorro mirándole severamente.

Al Caballero se le humedecieron los ojos.

—La amo muchísimo —contestó.

—Supongo que a mí también me sacaría de quicio que alguien me estuviera siempre llevando la contraria —dijo el zorro en tono comprensivo.

—Mira la boda, por ejemplo. Acordamos que ambos queríamos una boda íntima. Mi idea de una boda íntima era celebrarlo con unos pocos amigos cercanos —confesó el Caballero.

—¿Y cuál era su idea? —preguntó la ardilla.

—Fue una boda íntima con tres mil invitados —dijo de manera cansina el Caballero.

El zorro sacudió la cabeza, desconcertado:

—Es duro hablar de los acuerdos a partir de los desacuerdos.

El Caballero se sentó en un tronco y, apoyando la barbilla entre las manos,

comenzó a estudiar más a fondo su rivalidad con Julieta. Pensó que todo sería mucho más sencillo si las mujeres pensaran como los hombres.

—Pero no lo hacen, ¿verdad? —dijo la voz de Merlín.

Sobresaltado, el Caballero miró a su alrededor. Merlín estaba sentado en la orilla de un arroyo cercano con los pies dentro de las alegres aguas.

—Me alegra que aparezcas —comentó el Caballero—. Me estaba haciendo un lío con mis pensamientos.

Merlín le indicó que se sentara a su lado:

—¿Por qué no te unes a mí? Mete los pies en el agua y quizás parte de su

claridad te llegue a la cabeza.

El Caballero miró con dureza a Merlín. Con frecuencia le era difícil discernir si el mago le estaba instruyendo o riñendo, pero hizo lo que el mago le indicó.

Merlín acarició la cabeza de un pez que se había acercado nadando hasta él y dijo:

—Os voy a contar una historia. No es una historia real, me la he inventado para hablaros de vuestra percepción de Julieta como contrincante.

Merlín alimentó al pez con unas migajas que había hecho aparecer y prosiguió:

—Retrocedamos a los jardines del Edén. Un día en el que Adán estaba sentado debajo del manzano tenía un aspecto solitario e infeliz. Dios se dio cuenta de ello. Se acercó a Adán y le preguntó, con la perspicacia que sólo Dios puede tener: «¿Adán, estás solo e infeliz?».

Adán le miró y le contestó:

—Así es.

—Lo que necesitas es una mujer —le dijo Dios.

Adán lo miró perplejo:

—¿Qué es una mujer?

—Una mujer es tu homólogo en femenino, alguien que te amará, te cuidará y atenderá todas tus necesidades



—le contestó Dios.

—¿Cuánto me costará? —puntualizó Adán, que era una persona desconfiada.

—Un brazo, una pierna y el ojo derecho —le respondió Dios.

—¿Qué puedo conseguir por una costilla? —preguntó Adán tras reflexionar un momento.

El Caballero se echó a reír. Merlín continuó:

—A causa de la tacañería de Adán, Dios se presentó con un ser que iba a confundir y desconcertar a Adán y a otros hombres en los siglos venideros. Ella no pensaba como un hombre, no funcionaba como un hombre y basaba su vida entera en los cimientos poco firmes

de algo llamado emociones. Puesto que era tan diferente de los hombres, éstos la llamaron el sexo opuesto.

—Un buen nombre —gruñó el Caballero.

Merlín sonrió:

—¿Qué sucedería ahora si Adán hubiera estado dispuesto a dar un brazo, una pierna y un ojo?

—Es mucha renuncia para arriesgarse a conseguir una mujer con la que fuera más fácil vivir —dijo el Caballero.

Merlín se rió:

—Yo no dije que tuviera que renunciar a tanto, dije que *estuviera dispuesto* a hacerlo.

De inmediato, el brillo del agua del arroyo se reflejó en los ojos del Caballero, que había empezado a captarlo.

—¿Queréis decir que si yo estuviera dispuesto a dar más de mí mismo, Julieta no me parecería tan opuesta a mí?

La niebla empezó a disiparse suavemente, y entonces el Caballero se dio cuenta de que iba por buen camino.

El Caballero metió los pies en el agua con entusiasmo:

—Si Julieta y yo estamos dispuestos a renunciar a la idea de quién creemos ser cada uno, no habrá oposición alguna entre ambos.

Merlín asintió.

El Caballero rió alegremente al ver la gran cantidad de bruma que se había desvanecido, al igual que hizo Merlín, pues el Caballero ya no le necesitaba.

«Siempre existirán diferencias en el comportamiento humano —pensó el caballero—. Julieta no es diferente por ser mujer. Es tan sólo otro ser humano. Su manera de comportarse es la correcta para ella, del mismo modo que mi manera de funcionar es la correcta para mí.»

Había descubierto una regla universal:

*Todas las posibilidades son*

***igualmente válidas.***

Ahora, el Caballero podía ver kilómetros y kilómetros libres de niebla y era capaz de percibir con una claridad que nunca antes había experimentado.

Lleno de júbilo, el Caballero comenzó a cantar. Entró con aire resuelto en el sendero de claridad cantando a pleno pulmón. Los animales le siguieron. Enseguida llegaron a una señal al borde de una gruesa franja de bruma. El Caballero leyó:

***¿Percibes lo que defraudas cuando no recibes?***

—Estas señales son cada vez más difíciles —refunfuñó el Caballero.

—Estoy contento de que los animales no tengamos que participar en esta búsqueda —comentó el zorro.

—No sé qué significan esas palabras —admitió Ardilla.

—Percibir significa ver, es decir, ver con claridad; y defraudar significa engañar —aclaró el Caballero.

Miró hacia arriba:

—Me pregunto a quién estoy engañando.

—Merlín dice que, a largo plazo, sólo te engañas a ti mismo —dijo el zorro.

El Caballero no le prestaba

demasiada atención a esa interpretación, pero desde que estaba en el Bosque de la Ilusión, creía que debería planteársela. Reflexionó sobre la situación. ¿Se engañaba a sí mismo diciéndose que estaba dispuesto a recibir? Es cierto que siempre había pensado en sí mismo como en una persona generosa. Estaba dispuesto a dar su vida en la lucha por su Rey. Al pensar en el pasado, se dio cuenta de que había perdido mucho tiempo y energía rescatando a bellas princesas en apuros. Se detuvo al percibir que había metido en más problemas a las princesas tratando de rescatarlas. También había prestado sus servicios a causas nobles,

como cruzadas, guerras santas y matanzas de dragones. Cuando era crío le habían dicho que era más noble dar que recibir.

—¿Por qué tengo que pensar en recibir? —dijo en voz alta.

Tras decir esto, una brisa suave recorrió el bosque haciendo susurrar las hojas de los árboles, y, con ella, el murmullo de la voz de Merlín:

—Un hombre recibe de esa parte femenina que tiene.

Se trataba de una idea totalmente nueva para el Caballero, y, a medida que reflexionaba sobre ella, empezaba a preguntarse qué diferencia existía en que la parte de él que recibía perteneciera a



su lado femenino o a su lado masculino.

Explicó a los animales lo que Merlín le había dicho con la esperanza de que ellos aportaran algo de luz a su receptividad.

Ardilla comentó que ella pensaba mejor con el estómago lleno.

—Yo también —concluyó el zorro.

Y, de repente, el Caballero se dio cuenta de que él también estaba hambriento. Se había involucrado tanto en la búsqueda que apenas había pensado en comer.

Ardilla reunió unas cuantas avellanas y unos pocos frutos del bosque y el zorro contribuyó con un conejo que había cazado. El caballero sólo

compartió las avellanas y los frutos, ya que tras el episodio ocurrido con el ciervo era un vegetariano más radical.

Después de la cena, se tumbaron con satisfacción alrededor del fuego que el Caballero había preparado. Ardilla se acarició la tripa, escupió suavemente un trozo de cáscara y espetó de improviso al Caballero:

—¿Cuánto eres capaz de recibir de Julieta?

El Caballero lo pensó durante un rato:

—Me permito a mí mismo recibir bastantes cosas de Julieta: sus comidas, sus labores, su amor, su alegría y su frescura.

—¿Cuánto amor de ella estás dispuesto a recibir? —preguntó Ardilla, a quien Merlín había preparado bien.

—Bastante —dijo el caballero—, aunque hay un límite.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el zorro mirándolo con curiosidad.

—Bueno, si me da demasiado cariño o es demasiado dulce, generalmente es que está intentando conseguir algo de mí, o que quiere hacerme cambiar de idea, o, lo que es peor, que quiere cambiar mi vida —contestó el Caballero.

—Entonces —dijo Ardilla— es que no confías plenamente en su amor.

—Puedes interpretarlo así —

respondió el Caballero lentamente.

—Lo interpreto así, porque no hay otro modo de interpretarlo.

El zorro, que había rondado alrededor de Merlín lo suficiente como para aprender por sí mismo unas cuantas cosas dijo:

—A mí me parece que tú crees que si recibes demasiado tendrás que pagar un alto precio por ello.

El caballero asintió ligeramente, un tanto reacio a admitirlo. Nada más asentir, parte de la niebla desapareció, e inspirado por ello, siguió con sus pensamientos:

—Es cierto. Si dejo que mi parte femenina ame demasiado a mi parte

masculina, temo tener que entregar algo a cambio.

Al decir esto, se desvaneció gran parte de la niebla. Todos se sentían cada vez más excitados.

—Me estoy cansando de este tipo de pensamientos —dijo el Caballero.

—No abandones ahora —le comentó Ardilla—. Tienes buena racha.

El zorro presionó al Caballero:

—¿Qué te da miedo tener que pagar?

La verdad surgió de la boca del Caballero:

—No es seguro, para estar totalmente a salvo, recibir amor de una mujer.

El viento sopló en todo el bosque y

despejó la niebla kilómetros y kilómetros. El Caballero se dio cuenta de que toda la vida había estado viviendo inmerso en la niebla de la ilusión. Tanto, que ni siquiera había estado dispuesto a darse amor a sí mismo. No permitía que confluyeran en él sus propias energías masculina y femenina.

El Caballero estaba desconcertado. En su primera búsqueda había aprendido a sentir, pero ahora había aprendido a sentir de una manera más profunda. Pensó que también había aprendido a amar, pero ahora tenía que amar más profundamente.

—¿A qué profundidad puedo llegar?

La voz de Merlín le respondió desde el viento que cesaba:

—Tu alma, por derecho propio, sólo conoce los límites del infinito.

Esto último ya fue demasiado para el Caballero.

Se tumbó a dormir junto al fuego.

\* \* \*

Esa misma noche, Julieta también se tumbó a dormir... pero no lo logró. Estaba exhausta a causa de los acontecimientos de la búsqueda. Su mente y su cuerpo estaban agotados por todas las cosas nuevas que habían aprendido el Caballero y ella misma.

Sus cabellos se le enredaban, ora en la espalda, ora en el pecho, y le cruzaban la cara como un mar dorado mientras daba vueltas inquieta intentando dormir. Abrió los ojos, y, de repente, se dio cuenta de que estaba atemorizada y sola. Tras todos los excitantes sucesos que habían tenido lugar, no podía imaginar por qué se sentía de ese modo. No sabía que el cansancio abre las puertas a la soledad. Aunque había tenido numerosas peleas con el Caballero, siempre tenía el consuelo de dormir entre sus brazos. Como no era posible, se acercó al oso para dormir junto a él, colocó la cabeza en su enorme barriga y de inmediato se sintió mejor. Una de sus zarpas



descansaba sobre su hombro.

Al sentir el calor y la protección, Julieta se sumió rápidamente en el vapor de sus sueños.

La figura de Merlín tomó forma. La abrazó cariñosamente y le dijo:

—Bienvenida a tu soñar dormida.

Julieta estaba bastante despierta en sus sueños.

—¿Soñar dormida? —preguntó—. ¿Qué quiere decir eso? ¿Cuándo estoy despierta sueño despierta?

Merlín sonrió:

—Sois una alumna muy preparada. Es un placer teneros en esta búsqueda.

La idea del sueño abrumaba a Julieta:

—¿Queréis decir que no hay diferencia entre estar despierta o dormida?

—Básicamente, no, pues siempre estamos en un estado de aprendizaje. Creemos que soñar dormidos es diferente porque a menudo esos sueños nos proporcionan mensajes y símbolos que no son comprensibles. Pero, considerad vuestro estado de vigilia, ¿no os encontráis con frecuencia envuelta en sucesos que no son comprensibles? —le contestó Merlín.

Julieta asintió:

—A veces, mientras estoy despierta, me siento muy confundida.

Merlín sonrió:

—La gente siempre me busca para que interprete sus sueños nocturnos. Si interpretasen también sus sueños de vigilia habría menos confusión en sus sueños nocturnos y serían capaces de entenderlos.

Julieta frunció el ceño:

—Me siento confundida, debo despertarme.

—No lo hagáis. Hay más en este sueño... cosas que realmente os agradarán. Y —añadió el mago con dulzura— algo que deberíais ver.

Julieta soñó con sus primeros años de adolescencia. Era una princesa que vivía con su padre, el Rey, en un castillo de renta alta. Tenía muchísimas

doncellas de compañía para aquello que se le antojara, y se pasaba todo el día explicando cosas acerca del hombre con el que se casaría a todo aquel que quisiera escucharla... el hombre perfecto. Sería un Caballero y llegaría montado en un corcel blanco y la rescataría.

—¿Quién? —le preguntaban al unísono sus doncellas de compañía.

—¿De quién? —les corregía Julieta. Era muy purista en todas las cuestiones referentes a la gramática—. De cualquiera —proseguía—. Todas las princesas tienen que ser rescatadas. Además, es así como quiero que sea.

No le cabía la menor duda de que

conseguiría el hombre perfecto que deseaba, pues, como princesa que era, sus deseos eran órdenes. Y el Rey se aseguraba de que su hija tuviera todo lo que deseara. Era su única hija y la adoraba. En realidad, Julieta era víctima de la sobreprotección.

Julieta vio que su poder mental era tan fuerte que se había creado ella misma una situación de la que necesitaba ser rescatada. El sueño le recordó que había creado un ogro que la secuestró y la encerró en una torre del castillo. Y, efectivamente, una semana más tarde, apareció el Caballero con su caballo blanco y su brillante armadura dispuesto a rescatarla.

Ella pidió ayuda a gritos. El levantó la visera del yelmo y miró a todas partes. Julieta vio que el Caballero cumplía a la perfección sus sueños. Era guapo y tenía una dulce sonrisa, y cuando miró hacia arriba vio a Julieta asomada a la ventana de la torre.

—¿Pedíais ayuda? —gritó.

—Sí —le contestó ella.

—¿Por qué? —gritó de nuevo el Caballero.

Julieta lo miró irritada. Se suponía que debería transcurrir todo de otra manera.

—¿Cómo que por qué? ¿Creéis, acaso, que pido auxilio por hobby?

El Caballero calló:

—Tengo que saber por qué. Necesito una razón antes de actuar.

Julieta lo contempló desde arriba. No podía soportar a los intelectuales, pero había algo en él que le agradaba, de modo que se calmó y dijo:

—Soy la prisionera de un ogro. Necesito que me rescaten.

—Con eso tengo bastante —gritó él—. Rescatar damas forma parte del oficio de Caballero.

Después, el resto sucedió tal como ella se había imaginado. El mató al ogro, subió a la princesa a lomos de su caballo, y juntos se alejaron cabalgando a la caída de la tarde.

Julieta, agarrándose firmemente a la

cintura del Caballero, dijo dichosa:

—Sois tan valiente como imaginaba. Mi padre, el Rey, os recompensará permitiéndoos que os caséis conmigo.

El Caballero hizo detener a su caballo.

—No quiero casarme —dijo.

Julieta lo miró atónita. Ciertamente, eso no era lo que ella había imaginado que le diría su pareja perfecta.

—¿Creéis que soy guapa? —dijo, una vez se recuperó.

Él le sonrió.

—¡Qué sonrisa tan bonita tiene! —pensó ella.

—Creo que sois muy guapa —admitió el Caballero.



A lo que ella añadió:

—Y también tengo muchísimas ideas maravillosas.

—Estoy dispuesto a perdonaros eso —respondió el Caballero.

Julieta fue al grano:

—Sois el príncipe perfecto que he estado esperando durante años para casarme con él y amarlo.

El Caballero se quedó desconcertado frente a esa franqueza tan falta de pudor. Finalmente, tomó aliento y dijo:

—Pero, no soy un príncipe, sólo soy un caballero.

—Mi padre es el Rey —respondió Julieta—. Él os convertirá

inmediatamente en príncipe cuando os caséis conmigo.

El Caballero decidió ser igual de franco:

—Mirad, princesa, yo estoy metido en asuntos de caballería; lucho, rescato damiselas, y mato a dragones y ogros. Mi vida no incluye una esposa.

Julieta no estaba dispuesta a dejar escapar a un hábil caballero como éste, y le dijo:

—¿Por qué no podéis tener al mismo tiempo vuestros asuntos de caballería y un matrimonio?

—Yo, fundamentalmente, lucho, y no sé nada acerca de las mujeres — protestó el Caballero. No era consciente

de que precisamente sus años de lucha habían sido un buen entrenamiento para el matrimonio.

Los ojos de Julieta se llenaron de lágrimas:

—Puedo enseñaros a amarme.

Esto último traspasó la armadura del Caballero. La miró con ternura y dijo:

—Por supuesto que podéis, pero, como os digo, estoy inmerso en los temas de caballería y no tengo tiempo para permanecer en ningún lugar.

Pero Julieta estaba decidida a tener al hombre de sus sueños. Con gran determinación en su voz de princesita dijo:

—Mi padre ha decretado que aquel

que me rescatarea del ogro se casaría conmigo. También ha decretado que quien no obedeciera su decreto sería decapitado.

El Caballero no se fue por las ramas:

—¿Cuándo deseáis que nos casemos?

En su sueño, Julieta sonreía arrepentida por la manera en que había cazado a su pareja perfecta. Su sueño la llevó de vuelta a los primeros años de su vida con el Caballero. Su padre les había hecho dos regalos de boda: a él una bellísima armadura confeccionada con una combinación de metales inusuales, y, para ambos, un castillo en

el que vivir valorado en 800.000 dólares.

Echando la vista atrás, en aquellos años de su sueño, Julieta vio que ella vivió principalmente en el castillo, y el Caballero, por lo general, en su armadura. Tras el primer año de casados, en el que fueron extremadamente felices, el Caballero volvió a sus asuntos de caballería y ella se hizo cargo de la tarea de hacer un hogar del castillo, con sus paredes de piedra.

El Caballero iría a sus cruzadas y ella le esperaría. Para dejar pasar el tiempo, ella empezó a tejer un tapiz y, de vez en cuando, tomaba un trago de vino

de una jarra. Los años pasaban y ella seguía tejiendo y bebiendo. Finalmente, Julieta empezó a beber más que a tejer.

Perdonaba constantemente al Caballero por su falta de interés en compartir una cercanía y una intimidad con ella, pensando que un día él sería capaz de aprender a amar.

Pero, en esa época, el Caballero, que prácticamente vivía metido en su armadura, descubrió que estaba pegado a ella. Se había separado de sí mismo y de Julieta, y finalmente se dio cuenta del dolor y del pesar que sentían por ello y emprendió una búsqueda para desprenderse de la armadura.

Lo hizo, y al cabo de muchos años,

regresó sin armadura, más afable y mucho más capaz de comunicar sus sentimientos a Julieta. Ella le perdonó todos los años que habían estado separados. Intentaron empezar una nueva relación, pero no funcionó. Algo les separaba aún de ellos mismos y también del otro.

Merlín volvió de nuevo al sueño de Julieta:

—Todos esos años anhelé un compañero perfecto. Pero nunca lo tuve —suspiró.

—Todo el mundo está aprendiendo y creciendo, así que no encontraréis a nadie perfecto. No se trata de hallar a un compañero perfecto, sino a uno al que

poder perdonar constantemente —le contestó Merlín.

—¿Queréis decirme con eso que tengo que perdonar al caballero cada vez que hace algo incorrecto? —le preguntó Julieta.

—A veces se utiliza la palabra incorrecto de manera inadecuada —dijo Merlín.

Julieta observó al mago con recelo:

—¿Me estáis culpando por culpar al Caballero?

Merlín se rió:

—Si yo tomara partido en las disputas entre maridos y esposas, no hubiera vivido tanto tiempo.

Julieta, que siempre había sentido



curiosidad por saber la edad del mago, pensó que como éste era *su* sueño, podría sonsacarle los años que tenía.

—¿Qué edad tenéis, Merlín?

El mago sonrió:

—No sirve de nada que os lo diga porque simplemente echaría por tierra vuestra idea del tiempo que puede vivir la gente. Digamos tan sólo que cualquiera que tuviera mi edad llevaría muerto trescientos años. —Julieta se rió y Merlín prosiguió—: Las personas hablan continuamente del perdón, pero muy pocas saben cómo perdonar de verdad. Es un tanto complejo.

—¿No se puede decir simplemente «te perdono» y darlo por zanjado? —

quiso saber Julieta.

—No, a menos que se tenga muy claro el proceso del perdón. Primero sugiero que cuando el Caballero haya dicho o hecho algo que os ofenda, irrite, exaspere, enoje o indigne, descarguéis esos sentimientos de la manera física que os resulte más satisfactoria: gritando, chillando, pateando o golpeando una almohada, que supuestamente es el Caballero — respondió Merlín.

—¿Como si pateara o golpeará al Caballero? —le interrumpió Julieta.

Merlín se echó a reír:

—El castigo obstaculiza verdaderamente el perdón. Cuando

finalmente sentís que os habéis liberado de esos sentimientos mencionados, es que ya estáis preparada para perdonar. Perdonar al Caballero por causar esos sentimientos —y aquí Merlín hizo una pausa—, pero ahora viene lo más importante: perdonarse uno mismo por aferrarse a esos sentimientos. Entonces, y sólo entonces, os liberaréis de ellos y perdonaréis a la otra persona.

Julietta asintió pensativa:

—Resumiendo: ¿tengo siempre que perdonarme a mí misma?

—¡Correcto! —dijo el mago—. Hasta que uno no se ha perdonado a sí mismo, no podrá completar el perdón. Siempre se verá impelido a culpar a la

otra persona de haberle hecho algo; en resumen, culpará a los demás de su propia vida.

—¿Así fue como vos dejasteis de culpar a los demás?

Merlín le brindó su dulce sonrisa:

—En mi caso fue más fácil, pues llegué a una edad en la que toda la gente que yo culpaba ya estaba muerta; tuve que concentrarme en mí mismo.

Julieta se rió primero y después, de repente, se mostró seria. Preguntó con una vocecita suave:

—¿Alguna vez el Caballero y yo llegaremos a ser uno?

—Esa es la razón por la cual habéis venido conmigo en esta búsqueda —

respondió Merlín.

Su voz parecía proceder de todas partes y de ninguna:

—Si vos y el Caballero podéis coincidir en un sueño, lo haréis realidad.

Al pronunciar esas palabras, el Caballero apareció cerca de Julieta con una mano extendida hacia ella. Julieta extendió su mano hacia él.

Se oyó el susurro de Merlín:

—Tocaos, tocaos —les pidió—. Tomaos de las manos.

Les separaban tan sólo unos pasos, pero era como caminar contra un viento tempestuoso. El Caballero y Julieta extendieron sus manos más aún, pero

todo fue en vano. El viento desvaneció el sueño.

Julieta se despertó llorando. Estaba abrazada al oso e intentaba besarlo. Le acabó de despertar la voz del oso, que le decía:

—Por favor, nos acabamos de conocer...

Las mejillas de Julieta se encendieron de vergüenza:

—Lo siento, pensé que eras otro.

—¿Quieres decir que hay otro oso en tu vida?

—No, tan sólo un hombre que no está tan al alcance como tú —contestó Julieta con tristeza.

El Caballero se despertó y se sentó despacio. Se dio cuenta de que había estado toda la noche soñando, pero no recordaba demasiado bien qué. Le pareció que Julieta salía en sus sueños. Estaba agotado por haber intentado infructuosamente llegar hasta ella. Se puso de pie.

—Tienes un aspecto horrible —le dijo alegremente la ardilla.

—Me siento horrible —contestó el caballero. De repente se acordó de algo del sueño. Contó a la ardilla y al zorro que casi llegó a tocar la mano de Julieta. Pero por mucho que lo intentaban no

podían estar juntos.

—Parece ser justo lo que está pasando —dijo el zorro—. Tú estás perdido en un lugar del bosque y ella en otro.

El Caballero estaba descorazonado.

—No me siento ni capaz de seguir con esta búsqueda —dijo el Caballero desplomándose en el suelo—. Es imposible.

Merlín se hizo visible.

—Lo estáis haciendo maravillosamente bien —dijo.

El Caballero lo miró enojado:

—¿Cómo podéis decir eso cuando acabáis de oír que me siento desesperado?



—El hecho de que os sintáis descorazonado en este momento significa que una parte de vos ha sentido el anhelo de llegar hasta aquí. Ese es vuestro verdadero yo. Vuestro yo inferior o vuestra ilusión de quien creéis ser es la parte de vos que se siente descorazonada.

El Caballero no iba a permitir que Merlín interrumpiera su desesperanza con su estúpido optimismo:

—Vos creéis saberlo todo.

Merlín se echó a reír:

—Al revés. Sé que no sé nada.

El Caballero miró a Merlín con recelo. Sospechaba que el mago le estaba tendiendo una trampa:

—¿Cómo podéis decir que no sabéis nada, siendo como sois tan sabio?

—Eso es lo que me hace sabio —respondió Merlín—. Saber *nada* significa no tener que demostrar que sé *algo*.

El Caballero frunció el entrecejo:

—No entiendo completamente nada.

—Ni yo —dijo el zorro—. Y eso que soy más inteligente que él.

—Si los dos fuerais inteligentes —intervino Ardilla—, dejaríais que Merlín se explicara.

—Abrid la mano —dijo Merlín al Caballero.

El Caballero así lo hizo.

—¿Qué tenéis en la mano?

—Nada —contestó el Caballero.

—Cierto, Caballero —dijo el mago.

Luego, se agachó rápidamente, tomó varias flores silvestres y se las puso al Caballero en la palma de la mano—: ¿Qué tenéis ahora?

—Flores—contestó el Caballero.

Merlín sonrió:

—Cierto, Caballero.

Parecía disfrutar repitiendo la frase: «Ahora tenéis *algo*. Cerrad la mano con las flores». El Caballero lo hizo y Merlín le dijo:

—En el momento en que cerráis la mano sólo podéis tener flores en ella. Cerrando la mano o la mente, no dejáis espacio a nada nuevo que llegue. Ahora

abrid la mano —le ordenó Merlín.

El Caballero lo hizo y las flores cayeron al suelo.

—Ahora no tenéis nada en la mano y, sin embargo, estáis dispuesto a aceptar todo. Cuando dejáis marchar de vuestra mente pensamientos y sentimientos, volvéis a un estado de vacío en el que todo es posible.

El Caballero se estaba irritando, como hacía siempre que sabía que Merlín iba a decirle algo que le cambiaría la vida.

—¿Y eso qué prueba? —preguntó. De repente el Caballero pareció ajustado.

Los ojos de Merlín centelleaban:

—Acabáis de encontrar la respuesta a vuestra pregunta, ¿verdad?

El Caballero asintió lentamente:

—Si sé que no tengo *algo*, no tengo que poseerlo. Y si no poseo nada, puedo tenerlo *todo*.

Enseguida, otro pensamiento sacudió al caballero:

—Saber que no poseo nada significa no tener nada que defender... y saber que no sé nada significa que no tengo que demostrar nada. ¿Estoy en lo cierto?

Su respuesta llegó en forma de una enorme cantidad de niebla levantándose del bosque. El sol brilló intensa y claramente en el sendero que el

Caballero tenía frente a él.

—Acabáis de disipar la ilusión del ego negativo que os dice que debéis saberlo todo. Al renunciar a él, habéis encontrado la verdadera humildad — dijo Merlín.

Cuando los dorados rayos del sol calentaron la cabeza y la mente del Caballero, pensó aún con más claridad. Se dio cuenta de que esa parte de su ego había deteriorado la relación entre Julieta y él. Su idea de ser un hombre fuerte era la de suponer que lo sabía todo y que siempre estaba en lo cierto. No dejaba sitio a las ideas de Julieta, a sus pensamientos y a sus opiniones, y si las escuchaba, no las tenía en cuenta

porque venían de una mujer.

Advirtió también que su necesidad de poseer se debía a que precisaba demostrar lo poderoso que era. Su castillo, sus tierras, sus caballos. Eran sus posesiones. Ciertó que las compartía con Julieta, pero al mismo tiempo vio que a ella también la consideraba una posesión.

Merlín, que había estado leyendo los pensamientos del Caballero, dijo:

—Poseéis para controlar, pero si intentáis controlar a un ser humano, no podréis amarlo.

—Pero yo creía que en mi primera búsqueda había aprendido a amar — exclamó el Caballero exasperado.

Merlín sonrió amablemente:

—Aprendisteis que tenéis la elección de vivir con ego o con amor, y la mayoría del tiempo escogéis vivir con amor, y amáis a Julieta, excepto cuando vuestro ego se siente amenazado.

—¿Qué es lo que amenaza a mi ego?  
—preguntó el Caballero.

—Eso lo aprenderéis más adelante en el camino, a medida que vayáis despejando lo que os queda de ilusiones.

—¿Qué es lo que hace que estas búsquedas resulten tan difíciles?

Merlín sonrió:

—De vos depende considerarlas una dificultad o una aventura dichosa. Y



ahora que habéis aprendido lo que es la verdadera humildad, podéis proseguir el sendero con la fortaleza de la auténtica arrogancia.

El caballero estaba atónito:

—¿Me estáis diciendo que la arrogancia es aceptable?

Merlín se rió:

—Sí, si se basa en la humildad. Entonces uno funciona con la pura arrogancia del universo... la fortaleza del viento, el poder de los ríos y el potencial de la naturaleza. El esplendor y la alegría de la naturaleza lo podéis experimentar ahora vos; son vuestros. — Y, dicho esto, el mago desapareció.

Un sentimiento de expansión inundó

al Caballero.

—¡Vamos por buen camino! —dijo el Caballero al zorro y a Ardilla.

Los animales, contagiados de su entusiasmo, brincaron por el sendero junto a él. Los pasos del Caballero eran más ligeros, su corazón estaba radiante y su rostro mostraba una sonrisa que nunca antes había mostrado. Era la sonrisa del amor de una madre que mira a su hijito. En ese momento, el caballero se sentía más cerca que nunca de Julieta.

\* \* \*

Julieta seguía su sendero irritada y malhumorada. Su paso no era ligero y su

corazón no estaba radiante; además, estaba lista para enfadarse por cualquier cosa.

El día había empezado completamente mal. Primero, el sueño en el que no había podido alcanzar ni tocar al Caballero; después, la vergüenza de haber llorado delante de los animales, y, al final, al pensar que un buen baño en un arroyo cercano la animaría, cayó al agua, lo que se convirtió en una experiencia totalmente deprimente. Contempló su reflejo en el agua y vio que estaba más gorda que nunca. Bueno, ésa era la opinión de Julieta. En realidad, estaba tan sólo simpáticamente redonda. Pero había

ganado peso y no podía imaginar por qué. Siempre había creído que los kilos de más se debían a no estar demasiado activa y a comer demasiado. Pero en la búsqueda estaba en constante movimiento y comía frugalmente. Estaba consternada porque en vez de perder peso con ese tipo de vida, lo había ganado. Mientras reflexionaba sobre ese problema, Rebeca se posó de repente en su hombro y, mientras le mostraba con un ala un extremo del sendero, dijo:

—¡Mira!

Julieta leyó en voz alta:

***«¡Cáspita! La evitación impide perder peso».***

Julieta se quedó mirando esas palabras mientras salía del agua y se arreglaba. No estaba de humor para enfrentarse a una señal que no entendía. De la frustración pasó a la rabia. Dio una patada a la señal con un pie pequeño, pero fuerte. La señal siguió bien afianzada al suelo, pero ella se hizo daño en la punta del pie. Con un grito de dolor se sentó en el suelo sujetándose el malherido pie.

Los animales acudieron inmediatamente en su ayuda. El ciervo le llevó unas hojas húmedas de eucalipto, y le dijo que se envolviera el pie con ellas, que le bajarían la inflamación.

Rebeca tomó unos cuantos arándanos y se los puso en la boca con su pico.

—Esto te calmará los nervios —le dijo.

El oso ofreció a Julieta unas nueces que había recolectado. Julieta las rechazó educadamente diciendo que tenían demasiadas calorías.

—¿Qué son calorías? —preguntó el ciervo.

Con lágrimas en los ojos, Julieta les dijo que Merlín le había explicado que las calorías son las cosas que tienen los alimentos y que hacen ganar peso.

—Pero la señal dice que la evitación es lo que te ha hecho engordar —dijo Rebeca.

El ciervo, como ya se ha dicho anteriormente, tenía un léxico un tanto limitado.

—¿Qué significa evitación? — preguntó.

Julieta, que ya se sentía un poco mejor del pie gracias a las hojas de eucalipto y a los arándanos que introdujo en su boca, dijo:

—Significa evitar o no mirar lo que uno tiene delante.

—¿Y tú estás haciendo eso?

—¡Y cómo voy a saberlo! Si supiera lo que estaba evitando, no lo evitaría. — Julieta estaba todavía algo irritada.

Rebeca depositó unos cuantos arándanos más en la boca de Julieta:

—Quizás estás eludiendo lo que *no* sabes.

—¡No lo sé! —gimió Julieta—. ¿Cómo voy a saber qué estoy evitando saber?

Rebeca, a la que Merlín había instruido, comentó:

—Si sigues gritando y lloriqueando, no podrás pensar en todo ello.

Julieta aprobó la sabiduría del pájaro. Se secó los ojos con la hoja de un lirio que el oso le había acercado. Miró al oso y le dijo:

—Tú pesas mucho, pero no parece importarte.

—Yo hiberno en invierno, necesito los kilos para sobrevivir —contestó el



oso.

El ciervo, que no era ningún pensador, de repente pensó:

—Quizás necesitas ese peso para sobrevivir —le dijo a Julieta.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Julieta.

—No estoy seguro —contestó—. No sé qué significa sobrevivir.

—Merlín diría que estás utilizando la grasa como una armadura... para protegerte a ti misma —comentó Rebeca.

—¿De qué querría protegerme a mí misma? —preguntó Julieta.

—Yo me protejo a mí mismo huyendo de todo lo que me asusta —dijo

el ciervo.

—Dijiste que eludir significa evitar algo a lo que tienes que enfrentarte. ¿Puede ser que estés huyendo de algo que quieres evitar? —le preguntó Rebeca a Julieta.

Julieta sacudió la cabeza:

—No, nunca he tenido que huir de nada que me atemorizara porque mi padre o el caballero siempre me protegían.

—Puede que estés avanzando —dijo Rebeca—. ¿No estás un poco harta de necesitar al caballero o a tu padre para defenderte y protegerte?

Julieta la miró pensativa. El oso metió baza:

—Juraría que estás enojadísima con los hombres.

—Bueno, los hombres pueden ser como un grano en el trasero —admitió Julieta.

—¿Y dónde acumulas la mayor parte del peso? —preguntó Rebeca.

Julieta dio un grito ahogado mientras se tocaba la parte de la anatomía en cuestión.

—Merlín dice que cuando evitamos la rabia nos sentamos encima —insistió Rebeca.

El oso se rió a carcajadas y le dijo a Julieta:

—Con los años, tu rabia fue aumentando, y al mismo tiempo tu...

Julieta le fulminó con la mirada y el oso no acabó la frase. Y volviéndose a Rebeca y al ciervo les dijo:

—Ya no me gusta esta búsqueda, quiero irme a casa.

—Pero si ahora estáis llegando al meollo de la cuestión —continuó el ciervo—. Vuestro enfado con los hombres.

—¿Y qué si estoy enfadada con los hombres? —dijo Julieta irritada—. ¿Qué gano hablando de ello? Es su mundo y se supone que debo ser feliz por dejarme vivir en él. —Cerró la mandíbula con fuerza—: Me vuelvo a casa.

El ciervo intentó que entrara en

razón:

—Pero Merlín dijo que una parte tuya es masculina, eso significa que estás enfadada contigo misma.

—Si estás enfadada, quizá podamos ayudarte. Pero si te vas a casa, estarás sola —intervino el oso.

—Sería una pena abandonar ahora —aclaró el ciervo—. Siento que ya estás cerca de la verdad y de por qué no pudiste tocar al caballero en tu sueño.

—Ya he tenido bastante verdad en esta búsqueda para perder más tiempo en mi vida —contestó Julieta—. Estaré más segura en casa.

—Para enfrentarte a la verdad no

necesitas estar a salvo. Puedes tener amor o seguridad, pero no ambas cosas —gorjeó Rebeca.

—De la mente de Merlín a la boca de una paloma —le espetó Julieta.

Entonces, el oso habló por boca de Merlín:

—La verdad no siempre es agradable, pero siempre merece la pena.

—Merlín, Merlín —gruñó Julieta—, Estoy cansada de oír hablar del mago Merlín.

—¿Y qué sientes al verlo? —dijo una voz.

Julieta se volvió y vio a Merlín sentado en un árbol.

—¿Qué estáis haciendo ahí arriba?

—preguntó.

—Con el humor que tenéis, es más seguro estar aquí arriba que ahí abajo — contestó Merlín.

Julieta no pudo hacer otra cosa que echarse a reír, y Merlín aterrizó suavemente en el suelo. Julieta se enfrentó a Merlín con determinación:

—Tengo que deciros que siento resistencia contra la autoridad masculina.

—Dentro de aproximadamente unos 500 años, os llamarían feminista — asintió Merlín.

—¿Qué es una feminista?

Merlín sonrió:

—Una mujer que tiene gran

resistencia a la autoridad masculina.

—Y eso os incluye a vos —dijo Julieta.

—Los hombres creen que por haber nacido hombres lo saben todo. Sería mucho más fácil aprender de vos si fuerais una mujer.

—Puedo soportarlo —contestó Merlín. Giró sobre sí mismo como un torbellino. Cuando finalmente se detuvo, Julieta vio a una bella mujer. La mujer dijo con la voz de Merlín —: ¿Sentirás menos resistencia ahora, aprendiendo de mí?

Julieta la miró con desconfianza:

—No sé si puedo aprender algo de una mujer tan bella. ¿Por qué os habéis



convertido en una mujer tan bella?

Merlín sonrió con coquetería:

—Así es como me veo a mí mismo como mujer, simplemente maravillosa.

—¿Podéis envejecer un poco? —le preguntó Julieta.

Merlín volvió a girar como un torbellino. Al de tenerse, era más vieja y más feúcha.

Julieta asintió con la cabeza y dijo:

—Así está mejor.

—No os resistís a mí como hombre o como una bella mujer, os resistís a enfrentaros a la rabia que os produce cualquiera que pueda quitaros poder —puntualizó Merlín.

Julieta le miró pensativa y dijo:

—Es posible.

—Nadie puede quitaros vuestro poder. En los siglos venideros se hablará mucho sobre los hombres que quitan el poder a las mujeres, y las mujeres que lo recuperan. Así, habrá muchísimas mujeres enojadas que lucharán por recuperar su poder —explicó Merlín.

—Si dentro de unos cientos de años sigo viva, a ver qué se lee de esas mujeres —contestó Julieta.

Sonriendo, Merlín le contestó:

—Y cometéis el mismo error que ellas están cometiendo. No seréis más poderosa quitándole el poder a otro. De hecho, nadie puede quitar el poder a

otro a menos que la persona que lo posee lo consienta.

Julieta se puso a la defensiva:

—Los hombres han nacido con poder. Y consiguen más cosas quitándonos el poder a nosotras.

—Os he dicho que no tendréis más poder quitandoselo a otro. El único modo de tener más poder es amándose a uno mismo —repuso Merlín con firmeza.

—Es difícil amarse a una misma cuando los hombres te rebajan constantemente o intentan que seas su criada —le contestó Julieta con la misma firmeza.

—Eso es cierto —admitió Merlín—,

pero es igualmente cierto que los hombres tienen un verdadero problema para aprender a amarse a sí mismos, pues las mujeres intentan ser más altas haciéndoles sentir más bajos. Lamentablemente, lo que se lleva en las relaciones es tener el control. Y cuando hay control, no hay amor. Durante siglos, hombres y mujeres en realidad no se han amado. Se han manipulado los unos a los otros. Cada sexo ha hecho sentir al otro que el amor debía ganárselo.

—Bien, si no estoy en el hogar con el Caballero haciendo que todo sea bello y confortable para él, me hace sentir como si nunca me hubiera merecido su amor —admitió Julieta.

—¿Y vos no deseáis que él haga cosas por vos de manera que sienta que gana vuestro amor? —le preguntó amablemente Merlín.

—Me preocupa realmente descubrir mis cualidades menos admirables —suspiró Julieta, al mismo tiempo que asintió admitiendo la verdad de las palabras de Merlín.

Merlín comenzó a girar y recobró su forma anterior.

—Recordad lo que os dije a propósito de no juzgaros a vos misma en esta búsqueda —dijo Merlín, arreglándose el cabello.

—Es difícil. Me saca de quicio pensar que gano un montón de kilos para

esconder mi rabia —asintió Julieta.

Merlín sonrió:

—Si esto os hace feliz, os diré que vuestra rabia no es la única causa de vuestro sobrepeso. Nunca hay una sola causa.

—¿Queréis decir que hay otras cosas que debo descubrir sobre mí para estar delgada? —preguntó Julieta.

—Así es —asintió Merlín—, pero como vuestra rabia hacia los hombres ya está resuelta, vamos a ver otras cosas.

—Muy bien —comentó Julieta cansada—. He aprendido que estoy furiosa por tener que depender de los hombres para tener cobijo y protección.

—Depender de alguien no está tan

mal si aceptáis esa dependencia con amor y no con resentimiento —le dijo Merlín amablemente.

—Es difícil no estar resentida con los hombres —respondió Julieta—. Cuando era pequeña, mi padre me decía lo que podía y lo que no podía hacer y por encima de eso era el rey. Después, me casé con un hombre que cree que es un rey por haber nacido hombre. Se sienta en su trono y me dice lo que puedo hacer y lo que no puedo hacer.

—No sé —dudó Merlín—. Ellos os controlan.

—Y eso me pone absolutamente furiosa —dijo Julieta dando una patada.

Lamentablemente, lo hizo con el

mismo pie con el que había pateado la señal. Gritó de dolor y se masajeó la punta del pie enérgicamente.

—¿Y qué esperabais? Vos le habéis dado poder —sentenció Merlín con amabilidad y cansancio.

—Es difícil para una mujer no hacerlo —protestó Julieta—. Como os dije, el mundo es de ellos.

—Eso es porque vos y millones de mujeres como vos no habéis desarrollado vuestro poder masculino.

—Estáis echando la culpa a las mujeres —dijo Julieta—. Y eso aún me pone más furiosa. —Volvió a dar una patada, pero esta vez se acordó de utilizar el pie que no estaba herido.



El resultado no fue doloroso, pero sí resultó sorprendente. A los pies de Julieta se abrió un enorme foso. Miró hacia abajo y profirió un grito ahogado al ver el remolino negro del vórtice. Dio un salto hacia atrás temiendo caer dentro. Al hacerlo, la masa negra del remolino reversionó y tomó la forma de un enorme monstruo. Julieta se refugió detrás de Merlín.

—¿Quién es esa cosa? —preguntó temblorosa.

—No es quién, es qué —replicó Merlín.

Julieta no estaba de humor para tecnicismos.

Levantó la mirada hasta la gran masa

y dijo:

—¿Qué es eso?

—Vuestra rabia —contestó Merlín.

Julieta le miró incrédula:

—¿Esa mole de masa es mía?

Merlín asintió.

—No lo creo. A veces me pongo furiosa pero... no soy un monstruo —concluyó Julieta con firmeza.

Un sonido mitad gruñido, mitad carcajada salió de la boca de la amenazadora figura.

—Esto no ha sucedido de la noche a la mañana. Esto lleváis años guardándolo —dijo Merlín.

—De todos modos, no creo que yo tenga toda esa rabia —puntualizó Julieta

irritada.

—La ira —dijo Merlín— es tan sólo una expresión de la cólera. Hay desesperación, depresión, indefensión, desesperanza y, desde luego, impotencia. Todas las cosas que vos habéis sentido controladas por los hombres.

—No puedo creer que haya guardado todo eso dentro de mí para crear un monstruo —confesó Julieta, un tanto sobrecogida y un tanto desesperada.

—Se dice que es algo «cultural». Las mujeres se reprimen muchísimo; se espera de ellas que se «comporten», y ellas hasta los cuarenta no empiezan a

expresarse por sí mismas, y, creedme, en ese momento ya tienen mucho que expresar —contestó Merlín.

—Los hombres —dijo Julieta— siempre se expresan por sí mismos. ¿Queréis decir, pues, que ellos no sienten rabia?

—Yo no he dicho eso en absoluto. Ellos, a una edad temprana, dejan de lado el corazón y lo cambian por la mente, y, en el momento en que las mujeres empiezan a expresarse por sí mismas, los hombres, es decir, algunos hombres, empiezan a buscar la manera de exteriorizar los sentimientos que necesitan expresar —respondió Merlín.

—Sigo pensando que es más fácil

ser hombre. —Y Julieta suspiró.

—En cierto modo, así es. Gran parte de la hostilidad y de la rabia que muchas mujeres experimentan se debe al hecho de haber nacido mujeres y, posiblemente, haber vivido la infelicidad en ese mismo sexo en otras vidas —asintió Merlín.

Julieta volvió a mirar el monstruo con recelo.

—Pero es tan tan feo —dijo Julieta.

Merlín la miró con compasión:

—No es fácil para ninguno de nosotros admitir que tenemos esa fuerza oscura en nuestro interior.

—Por favor, Merlín... haz que se vaya.

—Yo no puedo hacer que desaparezca —aclaró Merlín, sacudiendo la cabeza.

—Entonces, ¿cómo puedo deshacerme de esa... esa cosa?

—Nunca nos deshacemos de algo que nosotros mismos hemos creado. Sólo podemos abrazarlo como algo nuestro y no sentirnos mal por tenerlo —respondió Merlín.

Julieta le miró horrorizada:

—¿Me estáis diciendo que abrace a esa... esa cosa?

—Ved lo que ocurre cuando lo hacéis, Julieta —dijo Merlín dulcemente —. Estoy aquí para protegeros.

Julieta, titubeante, salió de detrás

del mago y se aproximó al monstruo. Este no hizo nada por tranquilizarla. Se alzaba aún más imponente, y sus ojos amarillos fulguraban. Julieta cerró los ojos y abrazó al monstruo tanto como pudo. La bestia se desvaneció y el foso se cerró a sus pies.

Julieta abrió los ojos y miró sorprendida a su alrededor:

—¿Dónde se ha ido?

Al formular la pregunta, sintió una repentina fuerza en su interior. La búsqueda le había fatigado, pero ahora se sentía llena de energía. Sentía que su vitalidad aumentaba y que sus resentimientos y la desesperanza acerca de la búsqueda desaparecían.

Merlín sabía lo que Julieta estaba sintiendo y sonrió:

—Una vez que la propia rabia no os controla, al pasar por ella, habéis experimentado lo que subyace: paz y amor. Estáis en una posición en la que podéis apoyar a los hombres sin abandonar vuestra autoridad. Podéis amar al Caballero incondicionalmente sin sentir que os tenéis que rendir ante él. Nunca más tendréis que abandonar vuestra autoridad.

Julieta sacudió la cabeza:

—Parece imposible cambiar algo que ha ido tan lejos —dijo.

—No es imposible —aclaró Merlín con firmeza—, pero, desde luego, sí muy



difícil. A lo largo de los siglos, hombres y mujeres han creado esta ilusión acerca de quiénes son y quién es el otro. La ilusión, cuando dura mucho tiempo, se convierte en una bruma como la del bosque, tan espesa que uno ya no puede ver la realidad. Hay resistencia a dispersar la niebla de la ilusión porque ningún hombre ni ninguna mujer quieren arriesgarse con el cambio. La ilusión es que este mundo se ha convertido en un mundo de hombres. Las mujeres lo han hecho posible supeditándose a ellos. Además, si desean ver un mundo mejor, la única oportunidad es cambiar al hombre. Y entonces se inicia un duro combate en el que las mujeres socavan

la autoridad de los hombres, intentando hacerles cambiar.

—Me siento más fuerte que nunca —comentó Julieta—, pero sólo soy una única mujer. ¿Qué cambiará eso?

—Cualquiera que cambie la ilusión por la realidad establece una diferencia —respondió Merlín—. En Egipto hubo una reina llamada Hatshepsut. Subió al trono en un entorno tremendamente masculino y durante 20 años gobernó no sólo con el coraje, la fortaleza y el ejercicio de poder de un hombre, sino también con el alma afable y tierna de una mujer. Durante su reinado no hubo guerras, sino abundancia, y una alegría y felicidad que el pueblo de Egipto no

había tenido hasta entonces.

—Y mientras hablamos de esto, una joven está creciendo y apelará a su poder masculino y femenino y levantará las armas para luchar por la libertad. Pasará a la historia como Juana de Arco.

—Entre todos los millones de mujeres que han vivido y han muerto —dijo Julieta—, sólo habéis podido nombrar dos que no hayan tenido que renunciar a su poder.

Merlín miró a Julieta con gran cariño y le dijo suavemente:

—Y ahora hay tres. Y quizás tú seas la más valiente de todas.

Los ojos de Julieta se abrieron de par en par debido a la sorpresa:

—Pero yo no voy a gobernar un país o a alzarme en armas. ¿Por qué me llamáis valiente?

—Porque estáis en esta búsqueda no para llevar a cabo una empresa ajena a vos, sino para conseguir una victoria interior, vivir con alegría, felicidad y pasión y encontrar la paz en vuestro yo interior. Tenéis la oportunidad de amaros enteramente a vos misma y, por consiguiente, amar a vuestro esposo de igual modo en un ámbito que llamamos relación amorosa —aclaró Merlín.

—¿Y eso cambiará algo?

—Sí, vos generaréis una energía que dará paso a que otras mujeres se arriesguen a cambiar —contestó Merlín.

Cuesta de creer —dijo Julieta.

—En siglos venideros esta energía que vos estáis generando en esta búsqueda llegará a millones de mujeres que efectuarán un cambio sin renunciar a su poder, y ello, por consiguiente, contribuirá a que millones de hombres cambien.

Las palabras de Merlín impactaron en Julieta, en todo su ser. Se irguió cuan alta era, en su metro y cincuenta y ocho centímetros; y se olvidó del dolor del pie y de su fatiga física y mental. En sus ojos brillaba una luz nueva, y, dirigiéndose a los animales, les dijo:

—¡Vamos, a por el sendero!

No acababa de decir esas palabras

cuando la niebla del bosque se disipó. Julieta miró a su alrededor, sorprendida de la claridad que había creado hasta ese momento en la búsqueda.

—¿Qué ilusión dejé atrás? — preguntó, dirigiéndose a Merlín.

—La de que eres impotente — respondió el mago.

\* \* \*

El Caballero se paseaba por el sendero, inmerso en sus pensamientos. No se había dado cuenta de que la bruma se estaba haciendo más espesa. Ya era casi niebla. El Caballero recordaba su última conversación con

Merlín. Admitió que no siempre estaba en el centro del amor. Al regresar de su primer búsqueda, sintió un gran amor hacía sí mismo, que hizo extensible al Rey y a todos los campesinos que le adoraban como a un guerrero. Estaba siempre de guardia y les ayudaba a cualquier hora del día. De hecho, Bolsalegre escribió una canción en honor del Caballero que se llamaba «Caballero de noche y de día».

Únicamente Julieta podía irritarlo, exasperarlo y frustrarlo. Sólo ella podía alejarlo del centro de su amor y de su ego.

—Según mi experiencia, tú sólo tienes que defenderte de lo que te da

miedo. En mi caso, es de cualquiera que quiera comerme —dijo Ardilla, que estaba a su alrededor.

—No le temo ni a nada ni a nadie. En mi primera búsqueda me enfrenté al miedo, incluso derroté al Dragón del miedo y las dudas —afirmó el Caballero.

El estruendo de una carcajada resonó en el bosque. El Caballero se quedó paralizado. Miró con atención a través de la bruma aún más espesa; sus ojos no podían creer lo que estaba viendo. Frente a él, se hallaba el Dragón del miedo y las dudas. El Caballero había olvidado lo enorme y feroz que era. Medía al menos treinta metros de



altura. Su cola de doce metros arremetía contra el sotobosque arrasando todo lo que encontraba.

—¡Pero si te derroté! —dijo el Caballero incrédulo—. ¡Me acerqué a ti sin miedo y empezaste a menguar y a menguar hasta desaparecer!

—Fue algo momentáneo —rugió el dragón—. Recuerda que te dije que si alguna vez volvías a tener miedos o dudas regresaría. Y ahora tienes miedo de Julieta.

El Caballero lo negó acaloradamente:

—¿Por qué iba a tenerle miedo? Soy más fuerte y más inteligente que ella y puedo controlarla.

El dragón se echó a reír nuevamente y dijo:

—La necesidad de controlar nace del miedo. Y cuando controlas a una persona, no puedes amarla, así que incluso dudo que ames a Julieta. Sí estás cargado de miedos y dudas —rugió triunfante el dragón.

El Caballero estaba furioso con la lógica del dragón:

—De todos modos, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Por qué no estás custodiando el Castillo de la Voluntad y la Osadía?

—Estoy pluriempleado —contestó el dragón—. Creo la bruma de la ilusión.

Dicho esto, agitó la cola, sus ojos brillaron y lanzó una bocanada que no era otra cosa que la bruma con la que el Caballero estaba luchando durante todo el camino.

—Todas las ilusiones —dijo el dragón— provienen del miedo y la duda. La gente vive con miedos y dudas y no puede confiar en sí misma ni en los demás, ni incluso en aquellos a quienes aman.

—Pero yo amo a Julieta —protestó el Caballero—. ¿Por qué iba a tener miedo de ella?

Una vez más, la risa del dragón resonó en todo el bosque:

—Porque ella quiere de ti lo que

todas las mujeres quieren de todos los hombres. Quiere que cambies.

Las palabras de la bestia impactaron al Caballero. Había cambiado mucho tras su primera búsqueda, pero, evidentemente, a Julieta no le bastaba con eso. Se dio cuenta de que muchos de los cambios que Julieta deseaba que hiciera estaban relacionados con que la vida del Caballero se ajustara a las necesidades de ella. No quería que se fuera a las cruzadas, y no le gustaba que se fuera de juerga con los otros caballeros. Tenía que admitir que se sentía mejor desde que todo eso había cesado; sin embargo, se daba una forma de control, pues ella deseaba que él

fuera lo *que ella* necesitaba que fuera. Él tenía que ser él mismo, de la misma manera que ella tenía que ser ella misma. Vio que tenía que cambiar, ya que no era feliz o su felicidad no duraba demasiado. Por eso había emprendido esta búsqueda: para encontrar una felicidad estable para sí mismo y para compartir con Julieta.

De la boca del dragón iba surgiendo más y más niebla, que no sólo aumentaba la confusión del Caballero, sino que éste sentía que iba perdiendo fuerza a medida que se adentraba en la energía de la ilusión. La bruma le invadía el corazón, el estómago y la cabeza. El Caballero cayó al suelo,

debilitado.

—Tengo que cambiar —dijo jadeando.

—¡Demasiado tarde! —rugió el dragón triunfante.

El Caballero sentía que las fuerzas le abandonaban:

—¡Merlín, Merlín! —llamó. Miró a su alrededor, pero el mago no aparecía.

—Estate tranquilo —aconsejó Ardilla.

Al Caballero, de inmediato, le entró el pánico.

—Para ti es fácil estar tranquila —dijo el Caballero—. ¡El que se está muriendo soy yo!

—Si Merlín no aparece, significa

que puedes matar al dragón tú solito — dijo el zorro.

El caballero, con gran coraje y voluntad, se puso de pie para poder pensar con mayor claridad. La niebla de la ilusión le estaba asfixiando y le hacía jadear.

—Quiero cambiar —sentenció—. Quiero ser lo mejor de mí mismo, pero, ¿qué es lo que me detiene?

Y, de repente, se dio cuenta. Era más que miedo, tenía terror a cambiar. La fuerza de ese descubrimiento le permitió respirar un poco mejor.

—¿Por qué me aterroriza el cambio? —se preguntó a sí mismo. La respuesta llegó en una especie de fusión entre su

voz y la de Merlín.

—Ahora sabes quién eres. Si cambias, no sabrás quién será esa nueva persona. Y, peor aún, si cambias por completo, podrías desaparecer y no existir nunca más.

Con este nuevo pensamiento, el Caballero sintió un nuevo hálito de fuerza. Se incorporó y le gritó al dragón:

—Ya no me aterra el cambio. Puedo ofrecer y recibir amor, y todavía existo... no moriré y no desapareceré.

Los ojos del Caballero desprendían chispas.

Tras emitir un alarido de furia, el dragón desapareció y se evaporó en la nada. Al hacerlo, la espesa niebla se



transformó en una ligera bruma y empezó a levantarse. La última de las ilusiones empezó a dejar libre al Caballero. Éste veía claramente que podía amarse a sí mismo lo suficiente para ser el que quería ser y también para permitir que Julieta fuera quien ella necesitaba ser.

En ese mismo instante, Julieta, situada en la bruma de su bruma, percibió que amar al Caballero era permitirle ser quien él deseaba ser.

La bruma de la ilusión abandonó el bosque para siempre y Julieta y el Caballero vieron que estaban a sólo unos pasos uno del otro. Supieron que, de no haber podido despejar la niebla

de la ilusión, habrían pasado uno junto al otro sin saber siquiera que estaban tan cerca.

Permanecieron un momento inmóviles, mirándose uno al otro con amor y alegría; después se encontraron uno en brazos del otro.

—Me siento como si empezáramos ahora mismo nuestro matrimonio —dijo Julieta, trémula.

—Yo siento lo mismo —manifestó el Caballero con dulzura.

Se miraron a los ojos. Podían verse con absoluta claridad. Se besaron y abrazaron como nunca lo habían hecho antes, y sucedió una cosa milagrosa: de su energía surgió una tercera entidad. Se

trataba de su relación.

Eran el Caballero y Julieta, pero eran más que uno más uno. El poder del amor de esa cifra iba más allá de la imaginación. Surgió en la tierra, pero alcanzó el cielo. Se extendió con el resplandor del sol y la suavidad de la luna.

Todo aquel que quisiera ver o sentir su esencia podría experimentar la inspiración, la alegría y la felicidad de la pareja que la ha creado.

Pues en su relación, el Caballero y Julieta se amaban como individuos que eran, y también por lo que eran para cada uno de ellos. Alcanzaron el objetivo fundamental de la vida: estaba

más allá del amor, pero sólo podía alcanzarse a través de él.

Habían encontrado la libertad eterna.

¿FIN?

*No hay fin. No hay principio.*

*Tan sólo el tiempo eterno*

*que gira sobre sí mismo.*

# Carta a los lectores

En las páginas anteriores he relatado la verdad tal como yo la he experimentado. Aunque no soy tan presuntuoso como para pensar que también tiene que ser tu verdad, lector, si algo de lo que he plasmado te puede resultar de ayuda, quizás desees utilizarlo. Si no es así, te animo a que lo deseches.

Quizás, en el acto mismo de aceptar o desechar mi verdad encuentres la tuya,

con lo que habrás dado un paso más hacia tu propia libertad.

Es en ese estado de libertad en el que uno puede realizar el cambio significativo en su vida.

Si puedo ayudar a una sola persona a conseguirlo, daré mi vida por bien empleada.

*Robert Fisher*

***This file was created  
with BookDesigner program  
bookdesigner@the-ebook.org  
14/07/2011***

# Notas

1. En el original en inglés, se utiliza la expresión *to pass the buck*, que significa «pasar la responsabilidad a alguien»; algo así como nuestra expresión castellana de «pasar la patata caliente». (*N. del T.*) En realidad, tanto Merlín como el Caballero son vegetarianos, pero no quería dejar pasar la broma de pasar el ciervo. (*N. del A.*)

<<